



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Laberinto sin salida



James Barrows, un aventurero, ha sido contratado para poner micrófonos en la Pequeña Casa Blanca, una casita que utiliza el Presidente de los Estados Unidos para descansar, y en la que pensaba recibir al Presidente de Meragua. La agente Baby debe descubrir quién está detrás de este contrato y por qué.



Lou Carrigan

Laberinto sin salida

Brigitte en acción - 222

Archivo Secreto - 171

ePub r1.1

Titivillus 27.08.2020

Lou Carrigan, 1976
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio

El hombre rana apareció silenciosamente en la superficie, y lo primero que hizo fue bajar el lente monocular hacia el cuello, de modo que al quedar sumergido no reflejase ninguna luz, no produjese ningún destello que podía ser fácilmente visible en la oscuridad.

Luego, muy despacio, muy cuidadosamente, siguió nadando, ya por la superficie, hacia el pequeño muro contra el cual batía el agua con suavidad formando la delgada franja de blanca espuma. Una vez allí, descolgó de su cinturón de plomos la bolsa de plástico herméticamente cerrada, y de ella sacó las ventosas de goma, que se colocó en las manos.

Con una presión seca, la ventosa de una mano quedó adherida al muro. Luego, la de la otra mano, un poco más arriba…

Admirable.

Poniendo de relieve una musculatura que parecía incluso capaz de reventar el traje de goma negra, el hombre se fue elevando a pulso; muy despacio, pero con gran seguridad. Y había que tener en cuenta que no sólo elevaba su peso, sino el del cinturón de plomos y el del tubo de aire. Admirable.

Tardó casi veinte segundos en alcanzar el borde del pequeño muro construido junto al mar. Veinte segundos en los que su poderío muscular quedó fuera de toda duda. Por fin, llegó arriba, al borde del muro. Con los dientes, arrancó la ventosa de su mano derecha, que pareció clavarse en el muro. Luego, la de la izquierda.

A partir de ese momento, todo fue aún más fácil: un simple impulso, y el hombre cayó al otro lado del muro, que ya en tierra firme, tenía apenas un metro de altura.

Delante de él tenía el jardín, muy bien cuidado, frondoso. Detrás, el mar, la bahía. Y más atrás todavía, la costa, en la que brillaban las luces de Miami. Por delante, las luces de la localidad

de Key Biscayne, que se unía a Miami por la Rickenbaker Causeway.

Pero allí mismo, a pocos metros, veía la blanca construcción, la casa a la que tenía que llegar, pese a la vigilancia. Sabía que tenía que haber vigilancia allí. Era lo lógico. Y además, se lo habían advertido.

Con sigilosos movimientos, el hombre rana se deslizó hacia la frondosidad del jardín. Una vez allí, se despojó del tubo de aire que llevaba a la espalda sujeto por los atalajes. Los lentes, el cinturón de plomo, las aletas de goma de los pies… En pocos segundos, se encontró en mejores condiciones para desplazarse con la ligereza conveniente a su situación y cometido.

De la misma bolsa de plástico sacó un pequeño paquete, del cual, a su vez, extrajo tres pequeños objetos, que brillaron en su mano izquierda antes de que la cerrase fuertemente.

Y en esto estaba cuando sonó la voz, relativamente cerca de él: la voz de un hombre, en tono interrogante. Algo más allá, otra voz contestó, y mirando en aquella dirección, el hombre rana vio la brasa de un cigarrillo.

Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. ¡Claro que había vigilancia! Una vigilancia un tanto relajada, puesto que el inquilino principal de aquella casa blanca no estaba allí, pero vigilancia al fin. Rutinaria vigilancia.

El hombre rana estuvo inmóvil más de dos minutos. Oía el mar, un lejano rumor procedente de Miami, o quizá de la propia Key Biscayne. Luego, más voces de hombres, comentarios, pisadas… Al parecer, se estaba procediendo al relevo de la vigilancia alrededor de la blanca casa construida en la diminuta península de aquella parte de Cabo Vizcaíno Tan diminuta, que sólo había aquella casa en ella.

Inmóvil como si fuese un árbol más de aquel jardín, el hombre rana esperó todavía más. Cinco minutos, diez, quince… Parecía que ya jamás fuese a volver a moverse.

Pero, finalmente, lo hizo. Muy despacio, con cautela admirable, se fue acercando a la casa, llevando en la mano izquierda los tres pequeños objetos brillantes, y en la derecha la pistola, obtenida también de la bolsa de plástico.

La casa quedó perfectamente visible ante él. Miró a todos lados y no vio a nadie por aquella parte. De nuevo miró hacia la casa.

Llevaba el rostro embadurnado de tizne negro, pero se veía el blanco de sus ojos, que se movían vigilantes hacia todos lados.

Llegó a la conclusión de que era el momento de intentarlo.

Cruzó rápidamente la zona desprovista de vegetación y llegó junto a la pared de la casa, destacando en su blancura como mancha. Se arrodilló en el acto, y de nuevo permaneció inmóvil durante un par de minutos. Luego, se fue deslizando junto a la pared, acuclillado, con la agilidad de un simio, sin fallo alguno, hasta llegar a una de las ventanas…

Y entonces, procedente del mar, de la bahía por la cual había llegado el hombre rana, llegó el haz de luz. Fue un destello que duró apenas tres segundos. Pero esos tres segundos le parecieron al hombre rana una eternidad, y se estremeció cuando todavía brillando la luz de aquel maldito foco procedente del mar, volvió a oír voces de hombre alrededor de la blanca casa. Varias voces. Y un hombre apareció corriendo hacia el muro. Aún no había llegado allí cuando, por fin, la luz se apagó.

—¡Stan! —se oyó—. ¿Qué es eso?

—¡No lo sé! ¡Parece el foco de una lancha!

Por el otro lado de la casa se oyeron más voces, ruido de pies, movimiento de arbustos… Y por encima de todo ello, de pronto, el rugir del motor de una lancha, allá donde había brillado el foco segundos antes…

—¡Hay una lancha! —gritó el llamado Stan—. ¡Está muy cerca y ha tenido que llegar sin luces! ¡Al embarcadero, pronto! ¡Los demás, registremos el jardín!

En un instante, el apacible lugar se llenó de ruidosa actividad. Aparecieron luces de linternas, algunas luces de la casa se encendieron, pasaron hombres corriendo hacia el embarcadero, y en menos tiempo del que se tarda en pensarlo, rugió el motor de una lancha allí mismo, dispuestos sus ocupantes a dar caza a la lancha que hasta entonces había permanecido tan discretamente en la bahía, a distancia conveniente.

La lancha partió, y mientras tanto, media docena de hombres comenzaron a lanzar las luces de sus linternas por el jardín, y sacaron sus pistolas.

La luz de una de las linternas pasó brevísimamente por encima de aquella sombra acuclillada junto a la pared, como si formase

parte de ésta, como una mancha… Pero la luz regresó en seguida, pues evidentemente, aquella mancha no debía estar allí.

—¡Aquí hay…!

Plop, disparó el hombre rana.

El hombre que había empezado a gritar, lanzó un alarido, y la linterna saltó por el aire, creando un veloz arabesco de luz antes de quedar en el suelo apuntando hacia los arbustos más cercanos.

—¡Stan! ¡Stan! —llamó otro hombre.

El hombre rana se irguió, dejó caer la pistola, y ya sin sigilo alguno se lanzó a toda velocidad hacia el muro, cruzando el jardín como una exhalación… Un hombre apareció ante él, tan de improviso, que ambos se asustaron, se sobresaltaron por igual. El vigilante comenzó a alzar la pistola, pero el hombre rana lanzó su puño derecho hacia su barbilla, que crujió como un madero seco, y el otro salió disparado de espaldas hacia el muro, sin sentido, posiblemente con la mandíbula rota.

Sin perder un instante, el hombre rana siguió su marcha hacia el muro, pasando por encima del desvanecido vigilante. Llegó al muro, se colocó sobre él con un agilísimo salto, y se estaba preparando para saltar al agua cuando las luces de tres linternas le iluminaron de lleno.

—¡Quieto! —llegó la voz—. ¡Quieto o disparo!

El hombre rana se quedó como petrificado, con los brazos un poco abiertos, listo para el salto. En aquella fracción de segundo, quizá pensó en la posibilidad de terminar su gesto, de saltar…

Pero debía ser un hombre inteligente, porque comprendió que mientras estuviese en el aire, podía ser alcanzado por lo menos por una bala, y en todo caso, aunque llegase ileso abajo, ya no dispondría de su equipo para sumergirse… En definitiva, realmente, todo estaba contra él.

Así que el hombre rana se paró y alzó más los brazos y se volvió.

—Tranquilos —masculló—. Tranquilos, muchachos… Me entrego.

Capítulo Primero

El avión de la compañía española Iberia, procedente de Madrid, aterrizó en la pista asignada del aeropuerto Kennedy de Nueva York, mientras acomodado en la barra del bar, Frank Minello, jefe de la sección deportiva del neoyorquino diario *Morning News*, se mostraba altamente complacido por tan rutinaria noticia dada por los altavoces.

Acabó su coca-cola, pagó y se dirigió a la sala de espera asignada para aquel vuelo. Pocos minutos después, aparecieron los pasajeros, y Frank Minello comenzó a estirar el cuello, en busca de la persona que esperaba.

De pronto, la vio y comenzó a dar saltos y a gritar:

—¡Hey, hey, hey! ¡Aquí! ¡Estoy aquí, Brigitte, estoy aquí! ¡Bien venida, reina del amor, diosa de la belleza…!

Seguramente habría dicho muchas cosas más, pero mezclada entre los pasajeros, la sofocada señorita Montfort le hizo una seña, de orden y de súplica a la vez, y Minello se quedó con las ganas de recitar el resto de su repertorio descriptivo sobre Brigitte Montfort.

De todos modos, no hacía falta, porque todos los pasajeros de aquel vuelo se habían dado perfecta cuenta de la belleza, gracia, elegancia, delicadeza y señorial porte de la muchacha de los más grandes, hermosos, luminosos ojos azules del mundo. Seguramente no la olvidarían en muchísimo tiempo.

Y cuando, cumplidas las formalidades, la señorita Montfort se dirigió al encuentro del mosqueado Minello, todas las miradas la siguieron. Sus esbeltas y bellísimas piernas encajaban perfectamente con el escultural cuerpo que se movía con una gracia despampanante, oscilando sobre sus zapatitos de alto tacón. Era, en suma, una criatura angelical.

Pero cuando se detuvo ante Frank Minello, el ceño de la señorita Montfort estaba fruncido, y todavía persistía el sonrojo en su rostro.

Sus dulces labios sonrosados que siempre parecían dispuestos al beso, se movieron con gesto de clarísimo disgusto.

—¡Eres un tonto, Frankie! ¡Me has abochornado delante de los demás pasajeros!

Frank Minello se arrodilló delante de ella.

—¡Bien venida a mi corazón, reina del amor! —gritó—. ¡Y perdona a tu siervo por…!

—¡Haz el favor de ponerte en pie y deja ya de decir tonterías!

—Pero, Brigitte —protestó Minello—, sólo te estoy demostrando cuánto me alegro de tu regreso a casa.

—¡Pues no me gusta esa demostración!

Minello se puso en pie, compungido.

—¿Quieres que dé saltos de alegría? —propuso.

—¡No! Quiero que vayas a recoger mi equipaje, y nada más que eso. ¿Has venido con tu coche o pido un taxi?

—¡He traído mi carroza particular para la diosa de…! Ya voy, ya voy, está bien.

Poco después, Frank Minello, tras colocar el equipaje de Brigitte en el portamaletas de su «Dodge», se sentaba ante el volante y dirigía una mirada de reproche a la enfurruñada señorita Montfort, jefe de la sección internacional del *Morning News*, Premio Pulitzer de periodismo, famosa en el mundo entero por sus grandes cualidades y calidades periodísticas.

—Me has tratado como a un esclavo —refunfuñó Minello—. ¡Pero eso es lo que soy, tu esclavo! ¡Dime que te lleve a la luna y despegamos ahora mismo…!

—Solamente quiero ir a casa —dijo Brigitte.

—Sería mejor la luna.

—A casa, Frankie.

—¿Estás enfadada conmigo? —sonrió él.

Ella le miró, fruncido el ceño, marcando algunas arruguitas en su tersa frente, prieta la boquita de labios sonrosados… Pero de pronto se echó a reír, estiró los bracitos hacia el cuello de Minello, le besó en una mejilla, en la otra, y, finalmente, con no poco cariño en los labios.

—No —dijo después—. No estoy enfadada contigo, aunque debería estarlo. Me has sofocado con tus gritos Frankie… Frankie… ¿No me oyes, Frankie?

—Ta… Ta ta… —balbuceó Minello, como un niño de pecho.

—¿Qué te pasa?

—Ta… Nene está contento… Nene quiere más besitos de los buenos… Nene…

—¡Nene es un sinvergüenza! —rió Brigitte—. Haz el favor de poner en marcha el coche. Y gracias por haber venido a esperarme. ¿Qué estás esperando?

—Nene quiere más, muchos más besos…

—Pues el nene se va a quedar sin más besos —aseguro la divina pasajera—. Y si el nene no se porta bien, la nena va a bajar de su coche, y tomará un taxi para ir a casa. ¿Ha entendido el nene a la nena?

—Nene ha entendido. —Minello puso el coche en marcha—. ¿Hemos dicho que a la luna?

—A casa.

—Se me ocurre una buena idea.

—Frankie, a casa. Estoy muy cansada.

—¿No has descansado suficiente en Villa Tartaruga?

—Allí, sí. Pero cada vez me cansan y me aburren más los viajes.

—Si te quedases una buena temporada descansando, eso no te ocurriría. ¡Te comería ahora mismo tal como estás! ¡A besos y mordiscos!

—¡Oh, Dios mío, qué bruto eres, Frankie! ¿Tanto apetito tienes que hasta te comerías mis ropas?

—¿Sabes que tienes razón? Las ropas no las quiero, así que puedes empezar a desnudarte, y me daré un banquete que…

—Eres imposible —suspiró Brigitte—. ¿Hay alguna novedad digna de interés?

—Sólo una: nos vamos al campo.

—¿Nos vamos al campo? ¿Quiénes?

—Tú y yo. Sólo tenemos que tomar una carretera que conoces muy bien y nos vamos a tu cabaña junto al lago…

—Estás pesadísimo. Quiero ir a casa.

—Podríamos ir a California.

—¿A California? —se pasmó Brigitte—. ¿Para qué?

—Pues para tomar el sol, por ejemplo.

—Ya he pasado varios días tomando el sol.

—Entonces, podríamos ir a Alaska. ¿Qué te parecería un

viajecito a Alaska? Podríamos dedicarnos a cazar focas.

—No necesito ninguna foca, Frankie.

—Entonces, quizá podríamos ir a… a… No sé… ¿Qué te parece Niágara Falls?

—Un lugar precioso. Pero yo quiero ir a casa: Crystal Building, piso veintisiete, Quinta Avenida, Nueva York.

—Podríamos ir a pescar a alta mar.

—A casa.

—¿Qué tal un viaje en globo? ¡Tiene que ser divertidísimo volar en globo!

—Es verdad —parpadeó Brigitte—. Sí que ha de ser interesante y divertido, pero quizá lo hagamos en otra ocasión. Ahora quiero ir a casa.

—Zambomba, pareces una viejecita que está deseando sentarse delante del fuego de su chimenea… ¿Y si fuésemos a las Bermudas? ¡Allí se está divinamente!

—Para el coche, Frankie.

—¿Qué?

—Que frenes. Que pares el coche. Voy a apearme, y espero que alguien me lleve a casa en auto-stop. Frena.

—Está bien, está bien —masculló Minello—. A casa.

Apenas entrar en el salón de su lujoso apartamento, Brigitte vio al hombre que se solazaba reposadamente en un sillón, bebiendo champaña y escuchando música.

—Ah, tío Charlie —saludó la divina, mirando de reojo a Minello —. ¿Usted aquí?

Charles Alan Pitzer, jefe del sector Nueva York de la CIA, se puso en pie inmediatamente.

—Quería ir a esperarla al aeropuerto, pero Minello me hizo desistir de ello: no soporto su compañía.

—Ya sé que eso es una broma —sonrió Brigitte, acercándose a su jefe de espionaje y besándole en ambas mejillas—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—¿Por Nueva York? Bien.

—Ya… ¿Y por el resto del mundo?

—Pues… regular.

—Ah, ah… Entiendo. ¿Ha venido usted a encargarme algún trabajito para la CIA?

—Sí.

—Entiendo, entiendo. —Brigitte miró fijamente a Minello, que se dedicaba a contemplar el techo con grandísimo interés—. ¿De modo que querías ir a Alaska, a California, viajar en globo… y todas esas cosas? Frankie, eres adorable, pero no podrías esconderme cada vez que tío Charlie viniese a buscarme para encargarme un trabajo.

Frank Minello se puso a silbar, mientras Pitzer enrojecía de ira, al comprender la jugada de Minello, que se las había arreglado para ir solo a esperar a Brigitte al aeropuerto.

—Este pedazo de… —empezó.

—Tranquilo, tío Charlie —sonrió Brigitte—. Ya sabe que Frankie haría cualquier cosa por protegerme de todo mal, y que… Ah, hola, Peggy, querida… ¡Pero si esta aquí mi chiquitín!

La doncella y ama de llaves de Brigitte se acercó, sonriendo, con el pequeño chihuahua llamado «Cicero» en los brazos, ladrando desesperadamente. Brigitte besó a Peggy y tomó en sus manos al perrillo, que se volvía loco de alegría ante el regreso de su ama.

—Se está haciendo viejecito —sonrió Brigitte, mirando a Minello —. Me temo que cualquier día tendrás que regalarme otro perrito, Frankie.

—¡Guau, guau! —dijo Minello.

Brigitte, Peggy y el propino Minello se echaron a reír, mientras Pitzer refunfuñaba algo sobre la estupidez humana y se sentaba de nuevo.

—Ah, Frankie, te traigo una cosa de parte de Número Uno…

—¿De parte de ese tipo? —se pasmo sinceramente Minello.

—Atiza —se pasmó también Pitzer.

—Los tengo en una maleta. Peggy te los dará después. Son cuatro sobres, conteniendo otras tantas jugadas de la partida de ajedrez que no pudisteis terminar hace días. Están numerados… Creo que puedes ganar la partida si no pasas del segundo sobre.

—Ya… Bueno, ya me extrañaba a mí que ese tipo me regalase algo. ¿De modo que quiere terminar la partida, a pesar de que la tiene perdida?

—Él nunca abandona una partida.

—Muy bien, le destrozaré en una o dos jugadas.

Minello se acercó al tablero de ajedrez, que había quedado

dispuesto como lo abandonaran días antes él y Número Uno hasta que éste tuvo que partir con Brigitte hacia África del Sur, para el asunto de los bichos. Se quedó contemplando la jugada, hosco el gesto. Tenía que ganarle la partida a Número Uno, fuese como fuere.

—¿Es muy urgente lo que tiene que decirme, tío Charlie? —preguntó Brigitte.

—Pues… Bueno, no viene de unas horas, realmente.

—Entonces, voy a darme un baño. Por supuesto, los dos se quedarán a cenar, ¿verdad?

—Estupendo —se animó el rostro de Pitzer.

A la hora de la cena, Brigitte Montfort tuvo otro invitado más: Miky Grogan, su jefe en el *Morning News*, que agarró como si fuese un tesoro el abultado sobre que le entregó Brigitte con la serie de artículos sobre el asunto de los bichos, escritos en la paradisíaca tranquilidad de Villa Tartaruga.

Pero a pesar de su grandioso interés por los artículos, no dejó de quedar tan deslumbrado como Pitzer y Minello ante la belleza de Brigitte, que apareció con un vestido de noche negro, tan escotado que…

—Madre mía —tartamudeó Minello—. ¡Madre mía! Y encima es capaz de darnos una cena exquisita, y de darme un beso cuando nos despidamos…

—Para eso tendrás que portarte muy bien —dijo dulcemente Brigitte—. ¿No saben cómo me ha recibido hoy en el aeropuerto? Se ha puesto a gritar como un loco, y los demás pasajeros me han mirado de tal modo que…

La cena, exquisita por cierto, transcurrió en un ambiente plácido, tan agradable como siempre. Cuando terminó, fueron a tomar café en el salón, y Grogan comenzó a leer los artículos de Brigitte, lanzando exclamaciones de vez en cuando. Minello se sentó ante la mesa donde estaba el tablero de ajedrez, hizo su jugada, y abrió el primer sobre enviado por Número Uno. Al ver la respuesta a su jugada, emitió una risita, se frotó las manos y comenzó a cavilar.

Brigitte lo miró cariñosamente, mientras encendía un cigarrillo. Luego miró a Pitzer, sentado a su lado en el sofá.

—¿Y bien, tío Charlie?

Éste sacó un sobre del bolsillo y se lo tendió. Brigitte sacó las tres fotografías que contenía, y apenas ver la primera de ellas, sonrió.

—Zambomba, ¡qué hombre tan guapo! —exclamó.

Aquella fotografía mostraba al hombre de frente. Era en verdad guapo y muy varoniles sus rasgos. Largos cabellos, mirada directa, boca grande y sonriente, ojos claros… Juzgando por el musculado cuello y la anchura de sus hombros, tenía que ser todo un atleta. Miró las otras dos fotografías, que mostraban al mismo hombre de perfil derecho y perfil izquierdo. Asintió con la cabeza, metió las fotos en el sobre y lo devolvió a Pitzer. Éste se guardó el sobre sabiendo que ya jamás aquel rostro sería olvidado por la agente Baby. Ya no iba a hablar con la periodista Brigitte Montfort, sino con la agente Baby de la CIA, la espía más peligrosa e implacable del mundo…

—Se llama James Barrows —musitó Pitzer—. Fue apresado en la pequeña Casa Blanca.

Brigitte se quedó mirándolo boquiabierta.

—¿Dónde? —exclamó.

—En la Little White House, la casa que el presidente de Estados Unidos tiene a su disposición para recreo en Key Biscayne, frente a Miami.

—Tío Charlie, sé muy bien lo que es la pequeña Casa Blanca —murmuró Brigitte—. Incluso estuve una vez allí con el anterior presidente, señor Nixon. Es encantadora, en aquella pequeñísima península, tan íntima, en un lugar tan tranquilo como Key Biscayne, rodeada de mar… ¿Este hombre fue detenido allí? ¿Por qué?

—Fue a colocar unos micrófonos.

De nuevo quedó Brigitte estupefacta.

—¿Es una broma? —musitó.

—No. Llegó a nado desde la bahía, con equipo de hombre rana. Es todo un coloso, se lo aseguro. Y muy inteligente… Cuando estaba ya junto a la casa, parece que tuvo mala suerte.

—¿A qué se refiere?

—Según él mismo ha confesado, llegó hasta el centro de la bahía en una lancha, con otro hombre. El otro se quedó allí, y él se sumergió y nadó hasta la pequeña Casa Blanca. Escaló el muro de contención con unas ventosas. Estaba ya cerca de una ventana

cuando al de a lancha debió ocurrirle algo imprevisto, quizá una avería. Lo cierto fue que se le escapó un destello del foco de la lancha y, lógicamente, los vigilantes de la casa lo vieron. Esto ocasionó la alarma, puesto que hasta entonces no habían visto lancha alguna por allí, ni ninguna otra clase de embarcación, que habría tenido que llevar las luces reglamentarias de navegación… La lancha de la vigilancia partió tras la otra, pero no pudieron alcanzarla antes de que llegara a la costa.

Cuando llegaron allá, la lancha había sido abandonada. No vieron a nadie.

—Eso quiere decir que el de la lancha escapó.

—El de la lancha, sí. Al parecer, se llama Casares… Eso es todo lo que James Barrows sabe de él. Fue quien le contrató.

—De acuerdo. Hábleme ahora de James Barrows… ¿Realmente pretendía colocar micrófonos en la pequeña Casa Blanca?

—Es evidente. Fueron encontrados tres micrófonos en el jardín abandonados durante la huida… hasta el muro. Le dieron el alto cuando estaba a punto de lanzarse al agua y él se rindió.

—Inteligente en verdad. Si no, estaría ya muerto… ¿No es así?

—Sin la menor duda. Pero aún es más inteligente que todo eso: disparó contra uno de los agentes de seguridad, pero sólo le alcanzó en un hombro. Ha dicho que lo hizo a propósito, pues no quería matar a nadie por si lo cazaban… como así sucedió. A otro, que también pudo haber matado, le rompió la mandíbula de un golpe, tras haberse desprendido de la pistola.

—Vaya… Sí, parece inteligente y cauto. Y tiene una serenidad admirable. ¿Qué sabemos concretamente de él?

—Es un aventurero.

—¿Qué quiere usted decir exactamente con eso? —sonrió la divina.

—Pues… Bueno, la palabra lo dice todo, ¿no? Es uno de esos tipos que sólo saben vivir de modo emocionante. Ha peleado en Vietnam, ha metido sus narices en la última guerra árabe-israelí, ha trabajado para los rusos, ha sido…

—Entiendo, entiendo —casi rió Brigitte—. Ya leeré todo su expediente, si es que llega a interesarme el asunto… Porque la verdad, tío Charlie, ¿qué tengo que hacer yo, si ya tienen al hombre? Háganle preguntas y todos sabemos que acabará por

contestarlas.

—No puede contestar lo que ignora.

—Acláreme eso.

—Fue contratado por el tal Casares, en Miami, cuando se estaba aburriendo allí gastando dinero a manos llenas. Dinero que, al parecer, proviene de una de sus últimas granujadas: el más sensacional e increíble asalto a un Banco de Buenos Aires que pueda usted imaginarse.

—¡Todo un angelito! —rió de nuevo Brigitte.

—Es una buena pieza —se permitió sonreír Pitzer—. Y resulta simpático, según dicen. Ha aceptado el fracaso de su trabajo con toda naturalidad. Unas veces se gana y otras se pierde, ha dicho. Ninguna de las dos cosas tiene importancia siempre que se salve el pellejo.

—Empiezo a sentir deseos de conocer a James Barrows. Le contrató el tal Casares, ¿y qué más?

—Nada más. Le dijo que tenía que colocar unos micrófonos en la pequeña Casa Blanca, y Barrows aceptó, por doscientos cincuenta mil dólares, de los cuales le pagaron la mitad por anticipado. Ante una cantidad así, Barrows dice que dijo que sí a todo, y se dispuso al trabajo. Ha fracasado, y se lo toma con filosofía. Dice que comprende perfectamente que el tal Casares, que le esperaba en la lancha, tuviese algún contratiempo, y que luego se asustase y le dejase en la estacada. Él habría hecho lo mismo.

—Es muy comprensivo, y tiene muy buen talante, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué tenía que colocar esos micrófonos en la pequeña Casa Blanca? ¿Con qué objeto?

—No lo sabe. Pero nosotros quizá sí lo sepamos.

—¿Nosotros? ¿La CIA?

—Sí. Dentro de tres o cuatro días, la fecha es todavía incierta porque faltan algunos detalles, nuestro presidente tiene que estar allá, en la pequeña Casa Blanca donde recibirá al presidente de Meragua, esa pequeña nación sudamericana.

—Eso parece explicarlo todo —murmuró Brigitte.

—Sí. Está bien claro que alguien quería saber lo que van a hablar el presidente Ford y el presidente Alfonso Alfonseda, de Meragua. Instintivamente, podríamos pensar que han sido los

chinos o los rusos quienes han contratado a James Barrows para la instalación de esos micrófonos, pero el nombre de Casares es decididamente latino, ¿no le parece? Se ha pensado en la posibilidad de que ese Casares sea de Meragua, en cuyo caso no cabe duda de que alguien está tramando algo a espaldas del presidente Alfonseda. Como es lógico, éste no necesita micrófonos para saber lo que hable con el señor Ford. Asimismo, también lógicamente, el personal militar y político más allegado al presidente Alfonseda será puesto al corriente por él mismo respecto a la conversación de la pequeña Casa Blanca. Por lo tanto, debemos pensar que existe un tercer grupo interesado en saber lo que hablen ambos presidentes.

—Tiene sentido —admitió Brigitte, pensativa—. Y ese Casarás puede ser el representante de ese grupo. ¿Tenemos alguna sospecha interesante?

—Sólo una: dentro de dos meses y pico, en Meragua va a haber elecciones presidenciales, y hay dos candidatos. Uno de ellos es el actual presidente, que está un poco en declive, pero que si consiguiese acuerdos importantes con Estados Unidos, volvería a ser elegido sin la menor duda. El otro candidato es un tal Germán Villanueva, multimillonario, ex militar, ex político del gabinete del anterior presidente, don Lucio Espinal.

—Y este Germán Villanueva…, ¿tendría posibilidades de ser elegido presidente de Meragua si el actual no consiguiese beneficios convincentes en sus conversaciones con el señor Ford en la pequeña Casa Blanca?

—Digamos que el noventa por ciento de posibilidades. A Alfonso Alfonseda, pues, le quedarían sólo el diez por ciento. Y eso es lo que sucedería si alguien impidiese esa entrevista en la pequeña Casa Blanca, o bien conociendo los términos de los próximos acuerdos entre ambos presidentes se dedicase a… maniobras de subversión, sabotaje y otras muchas cosas.

—Entonces, ¿todo señala a Germán Villanueva?

—Bueno… Hemos pensado que sería interesante encontrar primero al tal Casares en Meragua, para interrogarle… adecuadamente. James Barrows lo ha descrito a nuestros compañeros, se han hecho fotos robot por miles y se han enviado a Meragua, donde nuestros agentes de allá y sus colaboradores están

buscando al tal Casares por todo el país. Tenemos la esperanza de que lo encuentren… Si eso ocurre, la Central ha pensado que sería conveniente enviar a entrevistar a ese Casares a una persona… de métodos básicamente inteligentes.

—¿Yo? —sonrió Brigitte.

—Naturalmente.

—Muy amables. ¿Dónde tenemos a James Barrows?

—En la Central. Puesto que todavía están interrogándole nuestros expertos, y lo único que se ha sacado en claro es lo de ese Casares, no creo que deba usted darse prisa, pero si le parece, mañana por la mañana podremos llevarla a la Central en helicóptero, según costumbre.

—De acuerdo. Me gustará conversar con James Barrows, ya que es tan simpático. No, no —movió un dedito—. No se preocupe, él no verá a la auténtica Brigitte Montfort.

—Mejor así. Cualquiera de sus disfraces servirá. Quizá todo esto no tenga tanta importancia como le estamos dando, pero nunca podemos saber quiénes están detrás de todo esto, y lo que puedan tramar.

—Sí, sí…

—Debe estar cansada —murmuró Pitzer, poniéndose en pie—. ¿Le envío el helicóptero a las diez?

—Es una hora agradable.

Miky Grogan había mirado a Pitzer al notar el movimiento de éste, y comprendió. Se puso también en pie y se acercó entusiasmado a Brigitte, blandiendo los artículos, dispuesto a elogiarlos como se merecían, pero Brigitte sonrió y le tendió la mano.

—Buenas noches, Miky.

—Pues… Bueno… Oh, sí. Buenas noches, Brigitte… ¿Hasta mañana?

—No, lo siento.

—Ah. —Grogan miró de reojo a Pitzer—. Bueno, entiendo. ¿Nos vamos, Frankie? ¡Frankie!

—¿Qué? —saltó Minello en la silla—. ¿Qué… qué pasa?

—Que nos vamos. Brigitte está cansada.

—Ah, bien… Bueno, adiós a todos —se volvió a sentar.

—¡Frankie!

—¿Qué… qué…?

—Estás en casa de Brigitte. Tú también tienes que marcharte.

—¿Yo? ¡Ni hablar de eso! ¡Yo no me muevo de aquí hasta que haya terminado esta partida!

—Te recuerdo —farfulló Grogan— que no estás en tu casa.

—¿Cómo que no? —se enfureció Minello—. ¡Ya lo creo que estoy en mi casa! ¿Verdad, Brigitte?

—Naturalmente que sí, Frankie —sonrió dulcemente la espía más peligrosa del mundo—. Le diré a Peggy que te deje hecho mucho café. Buenas noches a todos.

A las diez de la mañana siguiente, cuando Baby salió de su apartamento, el barbudo Frank Minello se hallaba dormido sobre el tablero de ajedrez.

Capítulo II

James Barrows se quedó mirando con no poca sorpresa a la anciana de blancos cabellos que acababa de ser introducida en el cuarto de la Central de la CIA, donde llevaba sometido a interrogatorio nada menos que cincuenta y dos horas. Es decir, desde que lo habían llevado a Langley.

A su vez, la anciana lo miraba con gran curiosidad y, según le pareció a Barrows, con una chispa de divertida malicia en el fondo de sus desconcertantes ojos azules. Sí, desconcertantes. Todo el rostro de aquella mujer era… arrugadito, propio de la edad que aparentaba. En cambio, aquellos ojos…

—Parece que los dos estamos muy interesados, señor Barrows —dijo por fin la anciana, amablemente.

—¿Usted es de la CIA? —preguntó él.

—En efecto.

—Caramba… ¿Y de qué se trata ahora? ¿De algún nuevo procedimiento para interrogar a los buenos muchachos como yo? Porque le aseguro, abuela, que he dicho todo lo que sé. Sería mejor que fuese a jugar con sus nietos.

La anciana estuvo todavía mirándole fijamente durante unos segundos. Luego, hizo un gesto con la barbilla, al tiempo que con su bastón de empuñadura de plata señalaba hacia la puerta. Fue suficiente: en un instante, quedaron los dos solos en aquel cuarto. La anciana se sentó y se subió un poco los lentes sobre la nariz, pues parecían a punto de caerle.

—Relájese, señor Barrows. Me gusta que mis entrevistados se encuentren cómodos.

—¿Puedo fumar?

—Más tarde.

—Bueno. Oiga, ¿no tiene miedo de estar a solas conmigo?

—En absoluto. Me han dicho que usted es inteligente.

—Yo sí, pero quizá usted no lo sea. Puedo romperle el cuello, y cuando los demás viniesen, por daño que me hicieran, usted ya estaría muerta.

—¿Por qué no hace un intento en ese sentido?

Barrows frunció el ceño, pero sin dejar de sonreír. De pronto, miró el bastón que la anciana sostenía como al descuido, y su sonrisa se amplió.

—Caramba, con la abuela… De todos modos, soy más fuerte que usted unas cien veces. ¿Cree que le serviría de algo el estoque de ese bastón?

—Hasta ahora, me ha sido muy útil en muchas ocasiones…, mucho más peligrosas que ésta.

—¡Bah! Pero, en fin, no tengo por costumbre discutir con ancianas sabihondas. Aunque, para ser sincero, usted me resulta simpática. Tiene… algo especial. Pero no sé qué es.

—Señor Barrows, usted y yo vamos a hacer un trato. Y le diré por qué. Normalmente, no suelo hacer tratos con sujetos como usted, pero su caso es… diferente. Usted pudo haber matado a dos o tres hombres en la pequeña Casa Blanca, y se limitó a herir a uno y a romperle la cara a otro. Ninguna muerte. Por lo tanto, está en óptimas condiciones para beneficiarse de mi… benevolencia.

—¿Cuál es el trato? —sonrió Barrows.

La anciana lo miraba en verdad con gran atención. Hacía ya mucho tiempo que había aprendido a conocer a los hombres y aquel que tenía delante era en verdad muy especial. Sí, muy guapo, muy atlético, simpático, encantador… Pero peligroso. Peligroso en verdad. No porque pudiese atacarla de un momento a otro, sino porque, sin la menor duda, en sus claros ojos había un destello de inteligencia apabullante.

—Le voy a dejar marchar —dijo la anciana, de pronto.

—Estupendo. Que me den ropa y me largo ahora mismo. No pretenderán que salga a la calle vestido de hombre rana, supongo. Y mi ropa se la llevó aquel maldito idiota llamado Casares…

—De él vamos a hablar. Si lo que usted dice me convence, le daremos ropa, veinticinco mil dólares y lo dejaremos… en la frontera de Canadá, por ejemplo. ¿Acepta?

—Sí.

—Muy bien. Hábleme de Casares.

—Es el tipo que me contrató para colocar los micrófonos en la pequeña Casa Blanca. Ya hice su descripción, y con ella hicieron fotos robot.

—¿Qué más?

—Nada más. ¿Puedo marcharme?

—Sí.

—¿Y mis veinticinco mil dólares?

La anciana abrió el maletín forrado de raso negro, y sacó un fajo de billetes, que tiró a las manos de Barrows. Éste se mostró agilísimo, cogiéndolo al vuelo.

—¿Y ropa para salir de aquí?

La anciana abrió el maletín forrado de raso negro, y movió dos deditos. Un agente de la CIA entró, depositó un paquete sobre una silla y volvió a salir. Barrows abrió el paquete, vio el traje, camisa, zapatos, calcetines, corbata… Miró a la anciana que, todavía de pie, le contemplaba inexpresivamente junto a la puerta.

—Puede vestirse delante mío. No me ruborizaré.

James Barrows se quitó el molestísimo traje de goma para bucear, suspirando de alivio. Aquello, lo de tenerlo con aquel equipo, había sido una más de las jugarretas psicológicas de los expertos de la CIA. Se quedó desnudo a excepción de un brevísimo *slip*, y en un par de minutos, sobre éste, se puso la ropa recién obsequiada. Se metió el fajo de billetes en un bolsillo, fue hacia la puerta y se tocó la frente con dos dedos, sonriente.

—Adiós, abuela.

—Hasta la vista, señor Barrows.

Éste chascó la lengua, movió la cabeza y abrió la puerta. Afuera, en el pasillo, estaban los agentes de la CIA que le habían estado interrogando. Se quedaron mirándolo como si fuese un ser insignificante, con una absoluta falta de interés.

—Adiós, muchachos —se despidió Barrows.

Se fue pasillo adelante, con la corbata a medio anudar, las manos en los bolsillos, silbando tranquila y alegremente. Muy pronto estaría en el grandioso vestíbulo encristalado de la Central Intelligence Agency, y de allí a la calle. No había problema.

Dentro del cuarto, la anciana se sentó de nuevo, sacó un cigarrillo, lo encendió y se dispuso a esperar…

Cinco minutos más tarde, la cabeza de Barrows asomó por la

puerta.

—¿Se puede? —preguntó.

—Adelante, señor Barrows. ¿Ha olvidado algo?

—No.

—¡Ah! Vaya, si alguien le ha impedido el paso, yo misma…

—No, no. He vuelto por mi propia voluntad.

—¿Qué me dice usted? —se sorprendió la anciana—. Eso es increíble, ¿no le parece?

—Oiga, abuela, ¿qué es lo que quiere usted? ¿Que me liquiden ahí fuera?

—Si quisiéramos liquidarle, podríamos hacerlo mucho más cómodamente aquí dentro.

—No me refiero a ustedes, a los de la CIA, sino a… a otros.

—¿Qué otros, señor Barrows?

—No lo sé. Pero no me gusta esto.

—Entonces, definitivamente, usted es inteligente… Siéntese y hablaremos.

—Usted sabía que yo iba a volver, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Seguramente ha salido del edificio, ha visto el sol, la gente… Y se ha puesto a pensar. Caramba, la CIA me deja marchar, ¿qué dirán los otros? Pensarán que les he dicho todo lo que sé y me liquidarán. Y ha pensado que está más seguro aquí dentro que ahí fuera.

—Abuelita, ¡qué lista eres! —rió Barrows.

—Lo suficiente. ¿Quiénes son los otros?

Barrows se sentó, dedicó unos segundos a reflexionar y por fin movió negativamente la cabeza.

—De verdad —susurró—. Les he dicho todo lo que sé… Bueno, excepto una pequeña cosita.

—Oh… ¿Qué pequeña cosita es esa?

—Es respecto al lugar donde tenía que ir a cobrar la mitad restante de mis… honorarios, dentro de una semana.

—¡Qué olvido tan insignificante! ¿Qué lugar es ese?

—Avenida de Moretones, 114, en Santa Cruz, capital de Meragua.

—¿Y quién le pagaría allí?

—Pues el tipo ése, Casares…, supongo. No sé más… ¡Se lo juro!

—Quizá si dedicase unos pocos minutos más a pensar…

—No. De verdad. Eso es todo.

—Entiendo que le pagaron por anticipado la mitad del trabajo, es decir, ciento veinticinco mil dólares… ¿Por qué tenía que ir tan lejos para cobrar los otros ciento veinticinco mil?

—Vaya, abuela —sonrió Barrows—, me parece que usted lo ha adivinado tan bien como yo, ¿no es eso? Seguramente cuando me hubiese presentado allá me habrían esperado con las uñas listas para arañarme el pescuezo.

—¿Pero usted habría ido, si todo le hubiera salido bien?

—No me gusta que me arañen el pescuezo… Pero… No sé… Tampoco me gusta que me tomen el pelo. De todos modos, valen más ciento veinticinco mil dólares en París que doscientos cincuenta mil en la tumba. ¿A que sí?

—Supongo que sí —admitió la anciana, sonriendo—. Nos volveremos a ver, señor Barrows.

—¿En París?

La anciana emitió una deliciosa carcajada, y salió del cuarto.

Capítulo III

El avión a hélices de las líneas aéreas de Meragua tomó tierra en el aeropuerto de Santa Cruz a las cuatro de la tarde, y, contemplándolo desde la terraza de espera, Braulio Terrés frunció, una vez más, el ceño al pensar en las condiciones de la cita.

Tenía que esperar aquel avión, aguardar veinte minutos después que los pasajeros hubiesen desembarcado, y entonces bajar a la sala de espera. Allí, en determinado momento después de pasados los veinte minutos, se le acercaría la persona enviada directamente por la Casa Blanca, y personalmente por el presidente de Estados Unidos.

Desde la terraza vieron perfectamente a todos los pasajeros, pues el avión había quedado muy cerca del edificio del aeropuerto; ni siquiera sería necesario un vehículo para trasladarlos al edificio. El total de viajeros no llegaba a veinte, y Braulio Terrés los fue mirando con gran interés, pero ciertamente sin poder llegar a conclusión alguna. De todos modos, pronto sabría cuál de aquellas personas era la que le interesaba.

De momento, la única persona que le interesó y fue en aspecto muy privado, fue la muchacha de los largos cabellos negros que destacaba entre todos los pasajeros como una flor en un campo lleno de cactos. Y puesto que era imposible saber de momento cuál era el pasajero que él debería atender, Braulio se dedicó de lleno a la contemplación de la muchacha, que pasó muy pronto por debajo de él, para entrar en el edificio del aeropuerto.

Y al hacerlo, al pasar bajo él, la muchacha alzó la cabeza, y miró a Braulio, y a los dos hombres que estaban con él, Fidel y Liberto, Entonces fue cuando Braulio vio los ojos más azules y hermosos del mundo. Hasta entonces, aquella mujer le había parecido bellísima, excepcional. Pero al ver aquellos ojos, Braulio Terrés tuvo la impresión de que acababa de recibir un cañonazo en pleno pecho, y

se quedó inmóvil, tan impresionado que tardó algunos segundos en darse cuenta de que Fidel le estaba hablando.

—¿Qué? —lo miró.

—Pues nada —rió Fidel—, porque ya veo que se ha dado cuenta, don Braulio. Le hablaba de esa chica de los ojos azules. ¿Ha visto alguna vez algo tan maravilloso?

Braulio Terrés movió negativamente la cabeza. Todavía estaba como deslumbrado, incrédulo ante aquella belleza a la vez dulce, elegante y explosiva. Una mezcla extraordinaria.

—¿Le parece que vayamos a enterarnos de quién es? —se ofreció Liberto.

—No… Bueno, ve tú, Liberto. Fidel y yo bajaremos a la sala de espera también, pero quedaremos un poco apartados, para que el enviado de la Casa Blanca nos vea bien.

—Por muy bien que nos vea —dijo Fidel—, no sé cómo se las arreglará para saber que usted es usted. Quiero decir…

—Te he entendido. Supongo que habrá visto fotografías mías en Washington.

—¡Ah! Sí, claro, es verdad.

—Vamos abajo.

Bajaron los tres, sin prisas, pues sabían que disponían de tiempo para todo. Y, en efecto, Liberto llegó a tiempo para hacer unas preguntas al oficial de pasaportes después que la hermosa criatura de los ojos azules hubo salido de ese departamento encristalado. Pasó muy cerca de Braulio y Fidel, caminando con una gracia incomparable y llevando un maletín rojo con florecillas azules estampadas. La vieron entrar en los servicios, sin duda para arreglarse un poco antes de tomar un taxi hacia la ciudad.

En aquel momento llegaba Liberto.

—Se llama Brigitte Montfort. Es una periodista norteamericana, residente en Nueva York.

—¿Y a qué viene a Meragua? —musitó Braulio.

—Turismo.

—Ah…

Se quedaron callados los tres. Braulio Terrés señaló hacia los sillones colocados ante el ventanal, y los tres fueron a sentarse allí, sin perder de vista la puerta de los servicios para damas.

Diez minutos después, la bellísima pasajera aún no había salido

de los servicios. Habían entrado y salido bastantes mujeres, pero ninguna de ellas se parecía ni remotamente a ella.

—Si usted quiere, don Braulio —dijo Liberto—, yo me quedo por aquí y seguiré a esa señorita para saber dónde se aloja.

—¿Por qué hemos de hacer eso? —murmuró Braulio.

—Por si usted quiere tener alguna oportunidad —sonrió Liberto —. Me parece que ha quedado muy impresionado. ¿Verdad, Fidel?

—Vaya —sonrió Fidel—. Y para hablar con el enviado de la Casa Blanca, tú no haces falta. Ni yo. El único que interesa es don Braulio… ¿Quiere que nos ocupemos de esa chica, don Braulio?

—No, no… Eso no es correcto. Pero gracias a los dos.

—Pues si yo fuese usted, me enteraría de dónde puedo encontrarla, e iría allá para pedirle su pasaporte, o algo así… Alguna formalidad, ¿comprende?

—No digas tonterías —refunfuñó Braulio—. Yo no puedo dedicarme a esas cosas.

—¿Y nosotros? —sonrió Fidel de oreja a oreja.

—Ya está bien —frunció el ceño Braulio—. Dejaros de tonterías. Estamos aquí para algo mucho más serio. ¿Cuánto debe hacer que ha aterrizado el avión?

—Unos quince minutos.

—Bueno, pues esperaremos los cinco minutos que faltan… Sin pensar en tonterías. ¿De acuerdo?

—A mí no me parece una tontería esa señorita Montfort, pero usted manda, don Braulio. Esperaremos.

Cinco minutos más tarde, la señorita Montfort no había salido todavía de los servicios. Ni otros cinco minutos más tarde, cuando ya pasaban cinco del horario concertado para la cita. Braulio miró su reloj, movió la cabeza y compuso un gesto de fastidio. Aquel asunto ya era irregular en sí, ya que no comprendía por qué un enviado de la Casa Blanca de Washington no podía ser recibido adecuadamente. Y encima se estaba retrasando…

—¿Señor Terrés?

Braulio, Liberto y Fidel se quedaron mirando atentamente a la anciana de blancos cabellos que había hecho la pregunta, tras aparecer ante ellos como brotada del suelo. Y una cosa era segura: aquella dama de blancos cabellos y negras ropas no había llegado en el avión de LAM que habían estado esperando.

—Sí —asintió Braulio, poniéndose en pie—. ¿En qué puedo servirla, señora?

—Vengo de parte del señor Ford a ver al señor Alfonseda. Y entiendo que usted va a llevarme a su presencia.

Liberto y Fidel no pudieron evitar una exclamación. Braulio se limitó a parpadear, confuso.

—¿Ha llegado usted en el último vuelo? —preguntó.

—Así es —sonrió la anciana—. Mi nombre es Ruth Rutheford.

—Pero… Oh, bueno, encantados, sí… Pero no la hemos visto descender del avión que…

—Ya lo creo que me han visto —sonrió la anciana de nuevo—, pero lógicamente me han prestado mucha menos atención que a la simpática señorita Montfort. Es una jovencita encantadora, ¿verdad?

Braulio Terrés enrojeció un poco y se quedó sin saber qué decir durante unos segundos.

—El señor presidente la está esperando —dijo por fin—. Aunque nos ha dado instrucciones en el sentido de que si el enviado de la Casa Blanca quería descansar antes, por su parte no había inconveniente en aplazar la entrevista.

—No es necesario. Me encuentro fresca como una rosa.

Braulio Terrés se sorprendió a sí mismo sonriendo. También Fidel y Liberto sonreían ante aquella afirmación de la anciana que llevaba quizá ocho horas de vuelo, con cambio de avión en Caracas… Pero no eran sólo ellos quienes sonreían, pues en los azules ojos de la anciana había también una chispita de risa contenida.

—Nos alegramos de que haya tenido tan buen viaje —acertó a decir Braulio—. Vamos al coche. ¿Su equipaje…?

—No traigo equipaje. Solamente esto —alzó el maletín forrado de raso negro.

—Es una cómoda manera de viajar.

Salieron del edificio, fueron al estacionamiento y se acomodaron en el coche, que no tenía distintivo alguno oficial. Ruth Rutheford y Braulio Terrés se sentaron en el asiento de atrás, y Liberto tomó el volante. El coche partió, y después de unos segundos de silencio, Braulio expuso sus pensamientos:

—Nos ha parecido más conveniente buscarle un alojamiento en

la ciudad que recibirla como invitada en la casa de don Alfonso, pero si usted prefiere instalarse allí, no habrá inconveniente.

—Prefiero un hotel…, si es confortable.

—El hotel Los Reyes. Es el mejor del país. Espero que merezca su aprobación. ¿Se quedará muchos días?

—No lo sé. Depende de la decisión que el señor Alfonseda tome después de nuestra conversación. Yo traigo instrucciones muy concretas del señor Ford. Si su presidente está de acuerdo con lo que tengo que decirle, supongo que no existirá motivo alguno para que yo permanezca mucho tiempo en Meragua.

—Entiendo —asintió Braulio—. ¿Trae usted algunos documentos que…?

—Por supuesto que no.

—Bueno… Supongo que ya lo sabe usted, pero debo decirle que soy el secretario personal del señor Alfonseda, así que si hay algún documento que…

—No hay documentos; sólo palabras. Y naturalmente, sé quién es usted. Ya que hablamos de ello, le diré que es bastante más guapo que en las fotografías que me mostraron.

—Ejem… Ah… Vaya, muchas gracias —sonrió Braulio, un poco desconcertado.

Pocos minutos después, el coche abandonó la carretera que unía el aeropuerto con la capital, Santa Cruz, y tomó otra carretera, que parecía dirigirse hacia las cercanas montañas. A medida que ascendían, la vegetación se iba espesando, había más árboles… Abajo y a la derecha quedaba la ciudad, reluciendo muy blanca al sol… Más allá, se veía el reflejo de las aguas de un lago…

Por fin, el coche entró en una villa rodeada de verjas y protegida al parecer por simple formalidad por vigilancia militar. La simple visión de Braulio Terrés fue suficiente para que el paso quedase expedito, y el coche se deslizó por el sendero, hasta detenerse delante de la casa. Una casa grande, blanca y roja, muy hermosa, rodeada de jardines. Cuando salieron del coche, Ruth Rutheford aspiró hondo el aire fresco y limpio, que llevaba perfume de flores. Bien. Meragua era un país subdesarrollado, pero al menos conservaba una atmósfera pura.

—Por aquí, por favor —indicó Braulio.

Entraron en la casa, cuya puerta había abierto un criado de

impresionante aspecto: alto, fuerte, de cabellos completamente blancos, muy atezado, rasgos indios… Ruth Rutheford miró a Braulio y éste asintió con un gesto.

—Sí, es indio. El señor presidente tiene muchos criados y personal indio, tanto en su vida privada como oficial.

—Me parece admirable.

Alfonso Alfonseda los estaba esperando en el salón. Un salón enorme, con amplísimo ventanal a la parte de atrás del jardín, y con grandes macetas con plantas en los rincones. Había un piano, y sobre éste otra maceta, más pequeña, con flores. Muebles confortables y serios, buenos cuadros, una gran librería…

Ruth Rutheford dirigió a todo esto una simple mirada, pues en seguida su atención quedó dirigida hacia Alfonso Alfonseda, que se acercaba a ella sonriendo, tendida la diestra, cordial el gesto…, aunque un tanto expectante, incluso sorprendido. Era casi tan alto como el criado indio, y también sus cabellos eran blancos. Pero no había en sus facciones el menor indicio de raza india. Sus ojos oscuros eran grandes, amables, inteligentes, y miraba directamente; esa clase de mirada abierta de quien no tiene nada que ocultar, nada de que avergonzarse. Debía tener poco más de cincuenta años, era atractivo, simpático… Si los meraguanos se habían cansado de él y preferían quizá para el próximo mandato presidencial a Germán Villanueva, cabía preguntarse cómo era éste.

—La señora Ruth Rutheford —presentó Braulio.

—Es un placer —se inclinó Alfonseda sobre la mano de la anciana—. Espero que haya tenido buen viaje, señora.

—Bueno y agradable, gracias, señor presidente. Es un verdadero honor conocerle.

—Muy amable —sonrió don Alfonso—. Por favor, venga a sentarse, señora.

La tomó del brazo, y de nuevo se sorprendió Alfonso Alfonseda. Al tomar la mano de la anciana, la había notado suave, firme, tersa. Ahora, notaba un brazo fino, pero duro, elástico… La llevó hasta un sillón, él ocupó otro y sonrió.

—¿Le apetece café? —ofreció.

—No, gracias. Solamente quisiera hablar, si usted me lo permite.

—¿Quiere ir directa al asunto? —alzó las cejas Alfonseda.

—Sí, señor.

—Por mí no hay inconveniente. ¿Forma usted parte del gabinete del señor Ford?

—Pues… No del gabinete al que usted se refiere… Suelo trabajar directamente para el presidente de Estados Unidos en ocasiones, pero no soy de su cuerpo diplomático. Soy de la CIA.

—¡Ah!

La anciana sonrió con benevolencia.

—Antes de llegar a la conversación oficial, señor presidente, quisiera hacerle unas preguntas. ¿Puedo?

—Por supuesto.

—Gracias. ¿Podría decirme cuál es su objetivo exacto al haber solicitado esa entrevista privada con el presidente Ford?

—Mejorar la vida de mi pueblo.

—¿Y conseguir la presidencia por otros cinco años?

—No hay otro modo de conseguir mis propósitos, señora.

—¿Podría explicarse con un poco de detalle, por favor? Dígame: ¿qué es lo que espera usted, básicamente, de Estados Unidos, de su entrevista con nuestro presidente?

Braulio Terrés miraba estupefacto a la anciana. Alfonso Alfonseda, en cambio, la miraba con renovada atención, muy fijamente, como valorándola.

—De Estados Unidos y de su presidente espero un poco de prosperidad y bienestar para mi pueblo. Quiero autorización para enviar a su país cada año mil estudiantes a sus universidades. Quiero aviones comerciales, maquinaria diversa, la financiación de un ferrocarril y personal técnico norteamericano para su tendido. Seguramente. —Alfonso sonrió— pediré algo de dinero para otras pequeñas cosas si me parece que el ánimo del señor Ford está propicio a la generosidad.

—Entiendo. ¿Y cuántas armas y de qué clase?

—¿Armas? —se sorprendió Alfonseda—. No pienso pedir armas de ninguna clase, señora. Maquinaria, dinero, alimentos, profesores interinos mientras nuestros universitarios estudian allá… En ningún momento he sugerido a la Casa Blanca que vaya a pedir armas. De todos modos, si es obligatorio comprar armas cuyo importe sea cargado en el préstamo, pues… las compraré. Aunque preferiría camiones, por ejemplo.

Ruth Rutheford bajó la cabeza y permaneció así durante casi un

minuto. El silencio era total. Alfonso Alfonseda y Braulio Terrés permanecían inmóviles, mirándola.

Por fin, ella volvió a mirar al presidente de Meragua.

—¿Puede estar usted dentro de cuarenta y ocho horas en Miami? —preguntó.

—Desde luego.

—Enviaré aviso para que se le reciba adecuadamente. Le llevarán en helicóptero a la pequeña Casa Blanca. A usted y a su personal, por supuesto. Y espero que su estancia en Key Biscayne será agradable y productiva.

—Gracias —parpadeó Alfonseda—. ¿Eso es todo?

—No. Hace unos días el servicio de seguridad de la pequeña Casa Blanca detuvo a un hombre que había llegado allí con el propósito de colocar micrófonos; suponemos que querían escuchar la conversación entre usted y el señor Ford. ¿Se le ocurre algún comentario al respecto?

Evidentemente, a Alfonseda no se le ocurría ningún comentario, pues, como Terrés, estaba boquiabierto, tan asombrado que no conseguía reaccionar. Por fin, Alfonseda negó con la cabeza.

—Claro que no se me ocurre ningún comentario.

—¿Conoce usted a un norteamericano llamado James Barrows?

—No, no…

—¿Y a un hombre llamado Casares, que suponemos es meraguano? Ruperto Casares. Vive en el 114 de la Avenida de Moratones, aquí, en Santa Cruz.

—No.

—Ellos dos fueron los encargados de colocar esos micrófonos. A James Barrows lo tenemos prisionero en Langley, pero él sólo puede decir que Ruperto Casares le buscó, le pagó ciento veinticinco mil dólares como mitad anticipada por el trabajo, y que cuando la cosa se puso fea, al parecer por una avería o descuido, Casares le abandonó a su suerte. Eso es todo lo que Barrows dice saber. Es muy poca cosa, ¿verdad?

—Señor presidente… —intervino Terrés.

—Sí, Braulio, dime.

—Puedo encargarme de avisar ahora mismo a Nicéforo, y él buscará y detendrá a Ruperto Casares para…

—No hace falta que se molesten —dijo la anciana.

—No es molestia —la miró sorprendido Terrés—. Nicéforo Ros es nuestro jefe del Servicio Secreto, y ese es precisamente su trabajo. Si ese Casares tiene algo que decir, Ruperto se lo sacará, sea como fuere.

—Lo que Casares tuviera que decir, ya no se lo sacará nadie, señor Terrés: está muerto.

—¿Quéeee…?

—Está muerto. Mientras yo venía hacia Meragua, unos compañeros míos fueron a hacerle una visita a Ruperto Casares, al 114 de la Avenida de Moratones. Lo encontraron allí en un apartamento. Tenía media docena de balas en el cuerpo y llevaba muerto, al parecer, no menos de cuarenta y ocho horas. Yo diría que lo mataron apenas regresó de Estados Unidos.

—Pero ¿cómo sabe usted eso? Si no estaba en el país…

—Lo primero que he hecho al llegar ha sido comunicarme con mis compañeros por medio de una radio de bolsillo. Me han dado la noticia y me han pedido instrucciones. Les he dicho que no hagan nada, por el momento. ¿Le parece a usted, señor Terrés, que tenemos alguna posibilidad de conocer un poco la vida y milagros del tal Ruperto Casares?

—Si es meraguano, sí. Nicéforo puede encargarse de eso y conseguir informes en pocas horas.

—Les agradecería que se interesasen por ese asunto, pero sin acercarse al apartamento de Ruperto Casares.

Alfonseda miró a Terrés.

—Llama desde el teléfono de mi despacho, Braulio.

—Sí, señor; en seguida.

Braulio salió del salón, y Alfonseda, fruncido el ceño, miró a la anciana.

—¿Y todo esto qué puede significar? —murmuró.

—¿Usted no tiene ninguna idea al respecto? —se sorprendió Ruth Rutheford.

—¿Yo? ¡Claro que no!

—¿Qué puede usted decirme de Germán Villanueva? Alfonseda quedó pasmado un instante. Luego, enrojeció. Finalmente, movió la cabeza en sentido negativo, con gran energía.

—Nada que lo relacione con esto. Olvídelo, señora.

—La posibilidad de alguna maniobra de esta clase por parte del

señor Villanueva no nos parece descabellada a la CIA, señor presidente.

—A mí sí me parece descabellada. Germán es tan íntegro como pueda serlo yo. Espero que él me suceda en la presidencia…, pero no ahora. Es demasiado joven, todavía tiene mucho que aprender. Dentro de cinco años, yo mismo apoyaré su candidatura.

—Si el señor Villanueva consiguiese saber lo que usted y el señor Ford van a hablar en Key Biscayne, quizá pudiese… dirigir los acontecimientos de modo que usted fracasase y él fuese elegido dentro de dos meses, no de cinco años.

—No, no, no… Germán jamás haría una maniobra sucia.

—Bien. ¿Se le ocurre otra persona que sí podría hacerla?

—No.

—Quiero advertirle una cosa —murmuró la anciana—. Si unas personas están dispuestas a jugar sucio, lo harán, de un modo u otro. Pienso que, quizá, como primer paso, han pretendido solamente disponer de información que les diese el triunfo en sus pretensiones. Han fallado en esto, así que pueden intentar otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Matarle a usted, por ejemplo. Sería un modo muy seguro de impedirle ocupar de nuevo la presidencia de Meragua.

Alfonso Alfonseda había palidecido ligeramente. Pero no tuvo tiempo de reaccionar, pues Braulio Terrés regresó, diciendo:

—Nicéforo se ha hecho cargo del asunto, señor presidente. Dice… ¿Qué le ocurre? —se sobresaltó.

El presidente de Meragua ni siquiera miró a su hombre de confianza. Fija su mirada en los ojos de Ruth Rutheford, dijo, de pronto, con voz firme:

—Puede usted decirle al señor Ford que dentro de cuarenta y ocho horas, con un horario fijo que oportunamente le será anunciado, llegaré a Miami. No pienso desaprovechar la oportunidad que tan amablemente me ha ofrecido el presidente de los Estados Unidos. Por nada, señora Rutheford.

La anciana se puso en pie.

—Gracias por recibirme, señor presidente. ¿Puedo contar con que el señor Terrés me llevará ahora a mi hotel?

Capítulo IV

—Si necesitase usted algo, cualquier cosa, sólo tiene que llamarme. —Braulio Terrés le entregó su tarjeta—. Aunque no estuviese yo, le atenderán personas de toda confianza.

—Muchas gracias… por todo. Efectivamente, este hotel parece confortable.

—Me alegra que le guste. ¿Puedo servirle en algo más?

—No, no…

Braulio Terrés se despidió, y Ruth Rutheford quedó sola en la habitación 205 del Hotel Los Reyes. Una habitación grande, elegante, casi lujosa, con una pequeña salita por la cual se podía salir a la formidable terraza que daba a la Avenida Nacional, profusamente sombreada por altos árboles. Pero todo esto no parecía merecer el menor interés a la anciana, que, en cuanto quedó sola, sacó un paquete de cigarrillos del maletín forrado de raso negro, y tiró de uno de ellos, sin acabar dé sacarlo del paquete.

—¿Sí?

—Simón, ¿hay algo nuevo?

—No. Ya se lo dije todo cuando me llamó desde el aeropuerto. ¿Ha visto a Alfonso Alfonseda?

—Sí. Un tal Nicéforo Ros va a encargarse de reunir para nosotros datos de Ruperto Casares. Mientras tanto, ustedes sigan vigilando el apartamento, por si se presentase alguien.

—¿Cuánto tiempo más vamos a dejar ahí el cadáver?

—No lo sé. Sigan vigilando. ¿No le ha sonado el nombre de Nicéforo Ros?

—Ah, sí, claro… Es el jefe del servicio secreto de Meragua. No es precisamente un genio, pero para este país casi resulta demasiado inteligente.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Nada especial.

—Ya. Bien…, ¿cuántos hombres tenemos vigilando a Germán Villanueva?

—En total, unos doce.

—Está bien. Como no podemos hacer nada mejor, esperaremos a ver qué averigua Nicéforo Ros. Le llamaré cuando sepa algo.

—*Okay*.

La anciana cerró la radio, la guardó en el maletín, y se desnudó completamente. Si Braulio Terrés y sus amigos Liberto y Fidel hubiesen estado allí, se habrían desmayado de la impresión al ver desnuda a la «anciana»; pero eso habría sido después de reconocer a la señorita Brigitte Montfort, naturalmente, que se pasó las manos por su dorado cuerpo, especialmente por los senos, oprimidos durante aquel tiempo para ocultar su forma y tamaño.

Tras dejar bien colocado sobre la cama su disfraz de anciana, la agente Baby entró en el cuarto de baño, se metió en la bañera, y abrió el grifo del agua caliente; la tibia lluvia rebotó en aquel espléndido cuerpo que parecía de oro, salpicando por el cuarto de baño, de modo que corrió la cortina de plástico estampado con dibujos de flores. Cerró los ojos, y se quedó inmóvil bajo el agua, que empapó rápidamente sus largos cabellos negros, toda su piel, arrastrando aquella sensación de polvo en ella, aligerando la ligera fatiga del viaje.

La sensación era tan grata, que Brigitte casi llegó a perder la continuidad de sus pensamientos respecto a aquel asunto. Lo indudable era que alguien estaba tramando algo que afectaba a Alfonso Alfonseda y a Meragua; esto parecía irrebatible. Parecía absurdo pensar que todo fuese una maniobra del propio Alfonseda, y, en cuanto a Germán Villanueva, el propio Alfonseda lo había defendido con gran ardor. Entonces…, ¿qué…?

El agua de la ducha, cayendo sobre su cabeza, parecía poco menos que un atronador diluvio en los oídos de la divina espía, pero, pese a esto, captó el otro sonido. Un sonido que identificó en una fracción de segundo: el que había oído antes cuando había corrido la cortina de plástico para evitar que el agua cayese al suelo en abundantes salpicaduras. El cerebro de Baby Montfort actuó con la misma precisión y rapidez de una computadora: ella no estaba descorriendo la cortina de plástico, de modo que ese sonido no podía existir. Y si existía, era que alguien estaba descorriendo la

cortina.

Todo esto circuló por la mente de Brigitte en una brevísima fracción de segundo, mientras abría los ojos y giraba hacia el borde de la bañera…, mientras la cortina acababa de ser descorrida completamente.

La sorpresa mayor, desde luego, se la llevaron los dos hombres.

Dos tipos de mediana estatura, delgados, bigotudos ambos, vestidos muy discretamente, vulgares en todo…, excepto en los cuchillos que empuñaban. Uno de ellos estaba en el centro del cuarto de baño. El otro, junto a la bañera, dispuesto a asestar la primera puñalada.

Pero, cuando en lugar de ver a una anciana arrugadita, flaca, y con la piel colgando, vio aquella magnífica estatua de oro y sol, el hombre se quedó petrificado, boquiabierto, y sus ojos se desorbitaron por la sorpresa.

Al instante siguiente, salía disparado hacia atrás, manoteando, perdiendo el equilibrio debido al tremendo *atemi* propinado por aquel pequeño puño húmedo, pero duro como el acero, que le partió tres dientes de la mandíbula superior, le destrozó el labio, y le rompió la nariz como si fuese de barro seco.

El otro lo vio llegar hacia él, desequilibrándose, y se apartó, de modo que lo dejó salir por fin deslizándose por el suelo fuera del cuarto de baño, por supuesto perdiendo el cuchillo… Y mientras tanto, el del centro del cuarto de baño saltaba hacia la bañera, en la cual, Brigitte estaba alzando una pierna para salir…

Él hombre cargaba contra ella con tal rapidez, que comprendió que no podría salir de la bañera, así que, alzó más aquella pierna, la flexionó, y la distendió justo a tiempo de recibir al hombre con un talonazo en el centro del pecho, que lo derribó sentado, casi de espaldas, con las piernas hacia arriba. Fue igual que si el hombre hubiese chocado contra un poste colocado horizontalmente.

Pero no fue él sólo quien cayó. También lo hizo Brigitte, perdido el equilibrio en la resbaladiza bañera al lanzar el talonazo… Cayó de lado, se golpeó con un lado de la cabeza contra el fondo de la bañera, y, por un instante, vio un millón de lucecitas de todos los colores.

Giró rápidamente, comenzó a incorporarse, y apareció de nuevo el hombre, lanzando una cuchillada feroz, dirigida al centro del

pecho, entre los senos. Brigitte paró el golpe colocando su antebrazo derecho de modo que la muñeca del hombre chocó allí. Hubo un movimiento como de muelle, el hombre quiso retirar el brazo para asestar otra cuchillada…, y al mismo tiempo, Brigitte alzaba su mano derecha, asía al hombre por los cabellos, y tiraba de él hacia abajo y hacia la pared, estrellándolo de cara contra ésta y el borde interior de la bañera.

El hombre lanzó un chillido, y cayó sobre el desnudo cuerpo de la espía, que giró ágilmente, de modo inverosímil. Parecieron rodar uno sobre otro, y en un abrir y cerrar de ojos, el hombre se encontró tendido en el fondo de la bañera, con la espía encima, y el agua tibia cayendo sobre ambos. El cuchillo había escapado de la mano del hombre, y no se veía; posiblemente, estaba bajo su cuerpo. Como único recurso, el hombre lanzó un manotazo, pero de nuevo un brazo de Brigitte efectuó una impecable parada, y la otra mano descargó el terrible *shuto* hacia la frente del enemigo. Un golpe con el canto de la mano que lo habría matado seguramente, si el hombre no hubiese recurrido al mismo procedimiento que la espía, protegiéndose la cabeza con el otro brazo, que fue donde terminó el golpe, arrancando un alarido de dolor al bigotudo personaje…

Y mientras tanto, con el rabillo del ojo, Brigitte vio al otro, cargando de nuevo cuchillo en mano, directo hacia la bañera.

La mano derecha de la espía se clavó, como una garra de acero, en la garganta del hombre que tenía bajo ella. La izquierda pareció clavarse en el borde de la bañera. Y, con estos dos puntos de apoyo, Brigitte impulsó los pies hacia arriba y hacia fuera de la bañera, dirigiendo la doble patada con un habilísimo movimiento de cadera.

El resultado no pudo ser más espectacular: el hombre que volvía a la carga recibió el golpe del pie izquierdo de lleno en el ojo derecho, y el del pie derecho en un lado del cuello. Con aquel doble *atemi*, su marcha fue desviada, se dio de vientre contra el lavabo y de cara contra el espejo, rebotó perdiendo de nuevo el cuchillo, y cayó de espaldas, con seco chasquido de su cabeza contra el suelo.

Mientras tanto, el otro, en su desesperación, pues el peso de Brigitte en su garganta le estaba estrangulando, consiguió encontrar el cuchillo dentro de la bañera, y lo alzó, en corta cuchillada

vertical, hacia la garganta de aquella terrible mujer…, que desvió el golpe, asió la muñeca ahora con las dos manos, hizo girar el brazo, y el cuchillo quedó apuntando hacia el pecho del hombre, que desorbitó los ojos.

—¡No, no, n…!

El que acababa de recibir el doble *atemi* se ponía de pie justo en el momento en, que Brigitte se dejaba caer de vientre sobre el brazo doblado del otro, cuyo grito se convirtió en un estertor de agonía escalofriante, mientras su cuerpo se estremecía con tal fuerza que casi lanzó fuera de la bañera a Brigitte. Ésta se apoyó con ambas manos en el borde, y sus ojos, muy abiertos, miraron al hombre que acababa de ponerse en pie, y que la contemplaba con expresión aterrada, desorbitada, como petrificado.

La espía se movió, se dispuso a salir de la bañera, sin dejar de mirar al hombre…, y éste dio media vuelta y salió corriendo del cuarto de baño.

Brigitte salió tras él. Apareció en el dormitorio cuando el hombre salía de éste hacia la salita, y apareció en la salita cuando el hombre estaba abriendo la puerta de la habitación…, que cerró tras él, justo a tiempo de evitar que una mano de Brigitte le asiese por los cabellos, en veloz manotazo.

Baby abrió la puerta, salió al pasillo, y vio al hombre corriendo como un loco hacia las escaleras. El gesto de la espía fue echar a correr tras él, pero, de pronto, bajó la mirada, contempló su cuerpo desnudo, y entró rápidamente en la habitación, y cerró la puerta.

Fue al cuarto de baño, y se quedó mirando al hombre que yacía en la bañera con el cuchillo clavado en el pecho. El agua seguía cayendo, llevándose la sangre, pero no antes de que ésta manchase las ropas del desdichado, cuyos ojos estaban desorbitados.

Brigitte cerró el grifo, y pasó las manos por el cuerpo del cadáver, hasta notar el bulto de la billetera, que retiró. No había en ella nada interesante, salvo una tarjeta de identidad con el nombre del sujeto: Bernardo Taste. De Meragua, desde luego.

Una cosa era evidente: la habían querido matar a ella. Pero…, ¿tenía esto algún sentido? Por supuesto, cabía pensar que aquellos hombres habían sido enviados por alguien que estaba al corriente de quién era, y que había visitado al presidente Alfonso Alfonseda. Pero aun así…, ¿por qué matarla a ella? No había necesidad alguna,

pues la muerte de un enviado del presidente Ford en poco podía cambiar el curso de los acontecimientos…

¿O sí?

Se sentó en el borde de la bañera, pensativa.

—Veamos… Supongamos que me hubiesen matado —reflexionó—. ¿Qué habría ocurrido?

Después de unos segundos, llegó a una sola conclusión: que la conferencia entre los presidentes de Estados Unidos y Meragua podía haberse visto dificultada. Y al parecer, eso era lo que alguien estaba intentando, por todos los medios. Resumen definitivo: impedir esa entrevista entre Ford y Alfonseda.

Movió la cabeza, se puso en pie, y fue a mirarse al espejo.

—Querida mía —se dijo—, vas a tener que volver a ser una viejecita.

Se secó, salió al dormitorio, y volvió a vestirse, colocándose cuidadosamente los elementos del disfraz, asegurándose de que la blanca peluca se asentaba de modo convincente en su cabeza. Se maquilló el rostro marcando unas cuantas arrugas, recogió sus cosas, y llamó por la radio de bolsillo.

—¿Sí? —contestaron en el acto.

—Simón, ¿puede llevarme a algún sitio desde el cual sea posible llamar por teléfono?

—Desde luego.

—Pase a recogerme a la parte de atrás del Hotel Los Reyes dentro de diez minutos. Y tenga mucho cuidado, pues hay alguien que quiere matarme.

Capítulo V

Simón tenía una oficina en el único edificio de once pisos de Santa Cruz, destinado exclusivamente a negocios. Desde allí, el agente de la CIA justificaba su presencia en Meragua, dedicándose a la exportación de frutas a Estados Unidos…, y utilizando el télex en no pocas ocasiones para asuntos que nada tenían que ver con la exportación de frutas tropicales; por supuesto, utilizando una clave muy bien estudiada y preparada por la CIA.

La oficina estaba en el séptimo piso, y desde el amplio ventanal se divisaba la mitad sur de la ciudad. En aquellos momentos, Ruth Rutheford se dedicaba a esa contemplación, al menos aparentemente, mientras Simón la contemplaba a ella todavía incrédulo por el aspecto de la admiradísima Baby, la niña mimada de la CIA. Por supuesto, el espía había comprendido pronto que Baby estaba disfrazada, pero eso también resultaba asombroso, precisamente por la perfección del disfraz.

Cuando sonó el timbre en la puerta de la oficina, Simón se puso en pie inmediatamente, sacando su pistola.

—Yo iré —dijo.

Ruth Rutheford asintió con un gesto, sacó su pistolita de cachas de madreperla, y fue a colocarse junto a la puerta, de modo que podía ver el antedespacho. Pero no había cuidado. Cuando Simón abrió la puerta, la única persona que quedó visible fue Braulio Terrés, que se quedó mirando todavía asustado a Ruth Rutheford cuando Simón lo llevó a su presencia.

—Siento mucho lo sucedido —empezó a decir—. Cuando…

—Olvídelo —rechazó la anciana—. ¿Ha pasado aviso a su amigo Nicéforo Ros?

—Sí, sí, desde luego. Él y sus hombres están trabajando en todo ello. Siguen investigando a Ruperto Casares, recogerán a ese otro llamado Bernardo Taste y también lo investigarán, y naturalmente

se van a dedicar a buscar al otro. Si le faltan algunos dientes y tiene los labios y la nariz rotos, quizá sea fácil de encontrar. ¿Usted… está bien?

—Sí, no se preocupe.

—Pues… A decir verdad, no estoy preocupado, porque veo que en efecto está bien, pero… estoy sorprendido. Según entiendo, la atacaron dos hombres con cuchillos…, y usted sola pudo vencerlos. ¿Fue así?

—Sí —sonrió Ruth.

—Bien… Bueno, realmente…

—No se complique la vida —sonrió, de nuevo, la anciana—. Tuve suerte, eso es todo. Pero no le he pedido que viniese para hablar de esto, señor Terrés. Todo ese asunto lo vamos a dejar en manos de Nicéforo Ros. Yo confío en los espías. Mientras él trabaja, usted tendría que hacerme un favor un tanto especial.

—¡Sí, cómo no! El que sea. Cuente con él.

—Gracias. Quiero que me acompañe a hacerle una visita a Germán Villanueva.

Braulio quedó boquiabierto.

—¿A quién? —exclamó en seguida.

—A Germán Villanueva. ¿Hay alguna dificultad?

—Pues… No. No. Pero no se me ocurre qué tiene usted que hablar con él, francamente.

—Nada que tenga verdadera importancia. Solamente quiero verle, y hablar con él, mirándole a los ojos. Si lo desea, podrá estar presente en la conversación. A menos que tenga usted algo contra el señor Villanueva.

—¿Yo? Claro que no… Dígame una cosa: ¿usted cree que él tiene algo que ver con esto?

—No lo sé. Antes tengo que verle y hablarle. Luego, dejaré las cosas expuestas de tal modo, que si el señor Villanueva tiene algo que ver con el asunto, reflexionará mucho antes de seguir adelante.

—¿Piensa amenazarlo? —respingó Terrés.

—Quizá. Pero insisto en esto: antes que nada, quiero verle y hablarle.

—De acuerdo. ¿Para cuándo quiere la cita?

—Si le he hecho venir a usted es para que me lleve allá *ahora*.

Braulio miró su reloj, e hizo unos cálculos…

—Son casi las siete y media… Don Germán debe haber salido ya de su despacho en la ciudad. Lo encontraremos en su villa, supongo. Está fuera de la ciudad, como la del presidente.

—Como si estuviese en las Pampas, amigo mío. ¿Vamos?

—Tengo mi coche abajo. —Braulio miró a Simón—. ¿Él también viene?

—No. Se va a quedar aquí, por si Nicéforo Ros encontrase alguna pista que yo debiera conocer urgentemente. ¿Le dio usted a Ros el número de teléfono de esta oficina?

—Me dijo que ya conocía la oficina de «exportaciones» del señor Richardson —casi sonrió Braulio.

Brigitte torció el gesto, pues no le gustaba enterarse de los nombres auténticos de sus Simones, pero en aquella ocasión había sido inevitable. Se despidió del agente de la CIA, no sin insistir en que solamente la llamase en caso de urgencia o verdadero interés, y abandonó la oficina acompañada de Braulio Terrés.

Poco después, ambos estaban en el coche de éste, que lo puso en marcha, mirando de reojo a la agilísima anciana.

—Perdone la pregunta —rezongó—, pero…, ¿cuántos años tiene usted, señora?

—Alrededor de treinta —rió Ruth Rutheford.

—Ah… Ah, ya.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues… supongo que lleva usted un disfraz, ¿no? Quiero decir que…

—No, no. No llevo disfraz alguno, señor Terrés.

—Pero eso no es posible. Si tiene alrededor de treinta años, y aparenta más de sesenta…

—Padezco lo que se llama vejez prematura —rió la anciana—. Ya sabe usted: los espías llevamos una vida tan terrible que envejecemos antes que las demás personas.

Braulio volvió la cabeza hacia ella, y la miró, fruncido el ceño.

—Me está usted tomando el pelo —masculló.

—Eso es lo que suele ocurrirle a quien hace preguntas sobre la edad a una dama —dijo Ruth Rutheford—. De todos modos, no creo que tenga importancia que le tome un poco el pelo, señor Terrés. Usted tiene mucho.

Braulio Terrés frunció aún más el ceño, apretó los labios, y se

dispuso a no despegarlos durante el resto del trayecto. Estaba seguro que era lo mejor que podía hacer.

Poco después, dejaban atrás la ciudad, y Ruth Rutheford dejó de mirar hacia atrás, pues se había convencido ya de que no los seguían. Habían dejado ya el llano donde estaba la ciudad, y la carretera ascendía hacia las montañas, pero no era la misma por la que habían ido horas antes a la residencia privada de Alfonso Alfonseda. Ésta era aún más empinada, y de cuando en cuando, a la derecha se abría un precipicio que parecía bastante profundo, y que se hallaba protegido por vallas metálicas.

Todavía lucía el sol, pero ya se le podía mirar por algunos segundos, actividad que parecía complacer o divertir a Ruth Rutheford, mientras aspiraba con agrado el aire puro y fresco de las montañas. Era una lástima que los meraguanos no pudieran exportar aquel aire a Estados Unidos, especialmente a las zonas superpobladas, pues seguramente habrían hecho con él mejor negocio que con las frutas…

Apenas rebasar la siguiente curva de la carretera, vieron el grupo de gente y algunos coches detenidos a un lado. Había también dos motocicletas de la Policía de Carreteras, equipadas con radio. Uno de los uniformados policías estaba precisamente utilizando la suya. El otro, desde el borde de la carretera, hacía señas hacia el barranco… En aquella parte, la valla metálica había sido arrancada, y se veían las dos secciones, retorcidas…

—Un accidente —dijo Braulio, con tono apenado—. Parece que algún coche ha caído por la cortada. ¿Nos detenemos?

—Parece que ya hay suficientes personas dispuestas a ayudar —dijo la anciana—. Pero creo que debemos detenernos, aunque sólo sea para interesarnos.

—Muy bien.

Braulio detuvo el coche en el arcén del interior de la carretera, se apearon los dos, y fueron hacia donde el policía terminaba su mensaje por radio, mientras los miraba acercarse. Cortó la comunicación, y acudió al encuentro de ambos, saludando militarmente.

—A sus órdenes, don Braulio.

—Gracias… ¿Un accidente?

—Sí, señor. Parece que el coche patinó al tomar esta curva, dio

contra la valla, y cayó al barranco después de arrancarla… Ya sabemos que el único ocupante del coche está muerto.

—Vaya por Dios… ¿Podemos nosotros hacer algo?

—No, señor. Ya he avisado, y enviarán inmediatamente una ambulancia. Lo único que queda por hacer es llevar el cadáver a la ciudad… Lo están subiendo algunas personas. Y con su permiso, voy a ir a ayudar.

—Naturalmente.

El policía volvió a saludar, y se alejó hacia el borde de la carretera. Desapareció talud abajo, y Braulio y Ruth se acercaron para echar un vistazo. El terreno no estaba cortado verticalmente, sino en suave pendiente, rellena por la tierra desplazada al cortar la montaña para construir la carretera. Al final se veían algunas grandes rocas y árboles. El coche estaba ruedas arriba y pegado contra una de las grandes rocas, destrozado. Por la pendiente, con no poca dificultad, subían cuatro hombres, llevando el cadáver del ocupante del coche en una manta que asían por los cuatro extremos. La ayuda del policía fue en verdad notable, y la ascensión se realizó menos penosamente, paso a paso…

Ruth Rutheford notó la presión en su brazo izquierdo, y miró allí. Vio la mano de Braulio, crispada en su brazo. Lo miró, y se dio cuenta de que estaba pálido.

—¿Qué le ocurre? —musitó la anciana.

—Ese coche… Es uno de los de Germán Villanueva…

La anciana parpadeó; luego, se mordió un instante los labios.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. No sólo conozco sus matrículas, sino sus coches. Son de los mejores que tenemos en el país, importados de Estados Unidos… Le aseguro que ese coche es de Germán Villanueva.

La mirada de la espía fue hacia la manta en la que estaban subiendo el cadáver hasta la carretera. No dijo nada más, hasta que, finalmente, el cadáver fue depositado en el borde de la carretera, y cubierto con los lados de la manta… La policía pidió a los automovilistas que continuasen su camino, ya que nada podían hacer, y su presencia dificultaba la circulación…

—Vamos a ver el cadáver —susurró Ruth.

—No es posible…

Ella miró sorprendida a Terrés.

—¿No es posible? ¿No le van a permitir a usted que lo vea?

—No, no… No he querido decir eso… Estaba pensando que…, que ese hombre debe ser… debe ser don Germán…

—Vamos a verlo —insistió la anciana.

Los policías conocían perfectamente a Braulio, como ya había demostrado uno de ellos, y, por supuesto, accedieron en el acto a su deseo de ver el cadáver. Uno de ellos separó los lados de la manta en la parte de la cabeza, y se quedó mirando a Braulio, cuya expresión de alivio fue evidente.

—No es don Germán —dijo—. El coche es de él, de Germán Villanueva, pero no conozco este hombre.

Uno de los policías mostró la documentación que había retirado del cadáver.

—Se llamaba Juan Sánchez, don Braulio.

—No le conozco —movió la cabeza Terrés—. Precisamente, nosotros vamos ahora a la villa de Germán Villanueva. Le diré lo ocurrido, y él se pondrá en contacto con ustedes.

—Ah, magnífico. Muchas gracias, don Braulio.

El cadáver quedó envuelto de nuevo, los policías saludaron, y Terrés y la anciana regresaron al coche, reemprendiendo la marcha hacia la villa de Germán Villanueva.

—Don Germán se va a llevar un disgusto —aseguró Terrés—. No por el coche, sino por ese pobre hombre, que seguramente era uno de sus empleados…

—Sería mejor que no —dijo la anciana, volviendo la cabeza hacia él—. Ese hombre es el que escapó, después de atacarme en el hotel, señor Terrés.

—¿Está segura? —respingó Braulio.

—Completamente segura. Está muy destrozado, pero he podido identificarlo perfectamente: es el mismo.

—Pero… pe-pero…, ¿qué hacía ese hombre… en uno de los coches de Germán Villanueva?

—Pues ya que vamos a ver al señor Villanueva —dijo sosegadamente Ruth Rutheford— quizá él pueda explicárnoslo.

—La explicación es muy simple —dijo Germán Villanueva—, ése debía ser el hombre que me robó el coche esta mañana, en Santa Cruz.

Miraba amablemente a la interesante anciana, que, a su vez,

parecía clavar en él sus ojos azules, mucho menos apagados de lo que correspondía a su edad. Estaban los tres en el despacho de Villanueva, donde éste se había dedicado a resolver pequeñas cosas que habían quedado pendientes aquel día en sus negocios… Los había recibido en el acto, muy cortés y amable, aunque mirando con un poco de suspicacia a Braulio Terrés, que parecía muy incómodo. Mientras tanto, Ruth Rutheford pensaba que no había por qué sentirse incómodo en presencia de aquel hombre, que, aparentemente, era casi exquisito… Buena estatura, delgado, elegante, frente despejada, modales impecables, educado, amable… Increíble. Debía tener unos cuarenta años magníficamente llevados, pues su delgadez no engañaba a nadie: todo él era músculo y carne. La clase de figura que sólo se consigue con comidas adecuadas, deporte, desprecio hacia el alcohol y el tabaco… Era una imagen formidable.

—¿Usted no le conocía, señor Villanueva? —preguntó Ruth.

—¿A ese Sánchez? No, en absoluto.

—Sin embargo, parece que él venía hacia aquí con el coche. Le roba el coche a usted, y viene hacia la zona donde usted vive… ¿No le parece absurdo?

Villanueva reflexionó unos segundos, y acabó por asentir, un tanto perplejo:

—Pues sí… Ahora que usted lo dice, sí. Soy muy conocido en la ciudad, pero cabe la posibilidad de que ese hombre no supiese a quién le había robado el coche, o ignorase que yo vivo por aquí. No se me ocurre otra explicación.

—¿Denunció usted el robo a la policía?

—Por supuesto.

—¿Cómo ha regresado usted hoy a su casa?

—Telefoneé a mi chófer para que viniese a buscarme con otro coche, naturalmente.

—¿No fue él quien le llevó a la ciudad con el que le robaron?

—No —sonrió Villanueva—. Especialmente por las mañanas, me gusta conducir. Voy muy temprano a la ciudad, y entonces el aire es fresco, el sol es tibio… Y si me detengo unos minutos en la carretera, puedo oír a los pájaros.

—Cosas muy saludables para la mente y el cuerpo —sonrió Ruth Rutheford—. Dígame, señor Villanueva: ¿está usted enterado de que

el presidente Alfonseda tiene proyectada para muy pronto una entrevista con el presidente Ford?

—Por supuesto.

—Al decir *por supuesto*…, ¿quiere usted decir que todo el mundo lo sabe en Meragua?

—No, no. Pero sí lo sabemos las personas que por un motivo u otro somos importantes en el país.

—¿Muchas personas?

—Claro.

—¿Cuántas?

—No sé… Mil o dos mil. No lo sé.

—¿Qué opina usted de esa reunión entre los dos presidentes?

—Creo que es decisiva para el futuro político de Alfonso. Claro está que todo depende de lo que consiga del presidente Ford. Personalmente, creo que no conseguirá gran cosa.

—¿Por qué cree eso?

—A mí no me gusta mucho el señor Ford.

—¿Quiere decir que usted no querría hacer tratos con él, si estuviese en el lugar del presidente Alfonseda?

—Por el cielo, claro que no quiero decir eso —abrió mucho los ojos Villanueva—. Yo considero al señor Ford un hombre demasiado duro, calculador, frío. Y eso es lo que no me gusta de él. Pero si yo fuese Alfonso, y pudiera conseguir algo de Estados Unidos, iría a ver al señor Ford con mi mejor sonrisa y mis mejores ofertas.

—Muy razonable. Supongamos que usted saliese elegido en esas elecciones ya tan cercanas… ¿Cree que gobernaría mejor que Alfonso Alfonseda?

—¡Desde luego que no! —exclamó Villanueva.

—Entonces —parpadeó la anciana—, no le comprendo. Si admite usted que el señor Alfonseda está más capacitado que usted para gobernar el país…, ¿por qué está dispuesto a luchar por ese puesto?

Germán Villanueva se quedó mirando fijamente a la anciana que le estaba haciendo preguntas directísimas, y que tenían cada vez más inquieto a Braulio Terrés.

—Mire, señora… La he recibido en mi casa, la estoy atendiendo con toda cortesía, estoy contestando a sus preguntas…, pero todo

tiene un límite. ¿Quién es usted…, si le parece que ya es momento de que yo lo sepa?

—Mi nombre ya se lo ha dicho el señor Terrés. Estoy en Meragua enviada directamente por el presidente para concertar de modo definitivo la entrevista entre él y Alfonso Alfonseda.

—Ah. —Villanueva frunció el ceño—. ¿La ha enviado Alfonso a hacerme todas esas preguntas?

—¡Por supuesto que no! —saltó Terrés—. Mire, señora, yo creo que…

—Tranquilícese —le sonrió Ruth—. El señor Villanueva cree en su palabra, y no dudo que seguirá conversando conmigo… ¿No es así, señor Villanueva?

—Quizá —admitió éste—. Pero lo cierto es que no sé muy bien adónde quiere ir usted a parar, señora.

—Tengo mucho interés en que se entrevisten los dos presidentes, y en que Alfonso Alfonseda consiga lo que quiere para Meragua. Hasta el punto de que utilizaré mi modesta influencia con el señor Ford para que le conceda todo lo que pida.

—Y todo eso…, ¿por qué? ¿Qué le importa a usted Meragua?

—Lo mismo que cualquier otro pequeño país que pueda ser ayudado. Es decir, mucho. Me gusta que la gente sea feliz, señor Villanueva. Y la gente sólo es feliz cuando se la trata con honradez, respeto y cariño. Así es como pienso que lo hace Alfonso Alfonseda. Por eso, le apoyaré con todas mis fuerzas.

—Me parece muy bien. No hay otro hombre tan capacitado como él para gobernar el país.

—Permítame repetir mi pregunta: ¿por qué se presenta usted a esas elecciones, entonces, luchando contra su candidatura por reelección?

—Pues se lo voy a decir, señora… Lo hago porque si Alfonso no consigue nada bueno que ofrecer al pueblo después de su entrevista con el señor Ford, sé muy bien que no sería reelegido. Y si no es él quien va a gobernar el país, tendré que ser yo.

—¿Por qué usted precisamente?

—Porque si no me presentase yo, se presentarían otros candidatos aún peores, y por malos que fuesen, uno de ellos pasaría a ocupar el lugar de Alfonso. Están decepcionados con él, no tienen en cuenta que no puede hacer más de lo que hace. Así que elegirían

a otro, a cualquiera… Y eso, no. Yo soy menos inteligente que Alfonso, pero más que cualquier otro que pueda presentarse. Preferiría que el elegido fuese él, pero si no es él, no pienso dejar mi país en manos de un inepto total. Y como soy el menos inepto, me presento. Cuando menos, si yo llegase a ser presidente, tendría el buen sentido de consultar privadamente a Alfonso Alfonseda, mientras que los demás, cualquiera que fuese el otro presidente, llevaría el país al caos en menos de medio año. ¿Está contestada su pregunta, señora?

—Está contestada. Y tan bien, que pedirle más explicaciones sería necio por mi parte, además de abusar de usted. Ha sido un placer conocerle… Buenas noches, señor Villanueva. Por favor, no se moleste en acompañarnos.

Villanueva, que se había puesto en pie al hacerlo Ruth Rutheford y se disponía a salir de detrás de su mesa, se detuvo en seco, la miró fijamente, y acabó por hacer una inclinación de cabeza. La anciana se dirigió hacia la puerta, haciendo un último saludo con la mano. Allí, se detuvo, al notar que Braulio Terrés no la seguía. Se volvió, y lo vio todavía junto al sillón, como una estatua.

—¿No viene, señor Terrés?

—Un momento, señora —musitó Braulio, sin mirarla, fija toda su atención en Villanueva—. Le conozco bien, don Germán, y sé que todo eso que ha dicho es cierto… ¿Puedo comunicárselo así a don Alfonso?

—No —negó Villanueva.

—Pero…

—He dicho que no, Braulio. Podría parecerle humillante, y a ninguno de nosotros nos conviene que nuestro presidente tenga un solo pensamiento de humillación. Si sale elegido, habrá ganado, y no hay por qué decirle nada. Si no sale elegido, saldré yo, y haré las cosas de manera que él jamás sienta humillación. Eso es todo.

—Buenas noches, don Germán.

—Adiós, Braulio. A sus pies, señora…

Poco después, de regreso hacia Santa Cruz en el coche de Braulio Terrés, éste acabó por lanzar de pronto una exclamación.

—Maldita sea mi estampa —farfulló—. ¡Sabía que don Germán era oro puro, pero no hasta ese extremo! ¿Qué le ha parecido a usted su explicación? Señora Rutheford —la miró—, ¿me escucha?

—¿Qué…? —alzó la cabeza la anciana.

—Le decía que…

—Perdóneme, Braulio, pero no le escuchaba. Estaba pensando…

—¿En qué? ¿En Germán Villanueva?

Ruth Rutheford movió negativamente la cabeza, y de nuevo quedó sumida en sus pensamientos, fruncido el ceño. Por fin, con súbita decisión, abrió el maletín y sacó el paquete de cigarrillos que contenía la radio, apretando el botón de llamada.

—¿Sí? —sonó en seguida la voz de Simón.

—Hola, Simón. ¿Sabemos algo de nuestro colega Nicéforo?

—Pues me ha llamado, desde luego, pero no me ha dicho nada interesante. Han comprobado que Ruperto Casares viajó a Miami, eso sí, pero nada más. En cuanto al tal Bernardo Taste, pues parece que era un sujeto de cuidado que…

—¿Era un espía?

—¿Un espía? —se oyó perfectamente el bufido de Simón—. ¡Claro que no! Un vulgar maleante de baja estofa, eso es todo. Parece que Ruperto Casares debía ser de la misma calaña. En cuanto al otro que escapó…

—Oh, olvidé llamarle antes, Simón… Pero es que tenía muchas cosas en qué pensar. El otro se llamaba Juan Sánchez. Está muerto.

Tras unos segundos de silencio, se oyó el susurro del agente de la CIA:

—¿La volvió a atacar?

—No. Se lo explicaré todo dentro de unos minutos, cuando llegue a su oficina. También tendremos que enviar un mensaje urgentísimo a casa… ¿Podrá hacerlo?

—Claro.

—Muy bien. Mientras tanto, si Nicéforo Ros vuelve a llamar antes de que yo llegue, dígale que abandone la investigación de todo esto.

Simón lanzó una exclamación, y Braulio miró asombradísimo a la anciana.

Pero Ruth Rutheford se limitó a cerrar la radio, a ignorar la mirada de asombro de Terrés…, y a quedar de nuevo profundamente pensativa.

A las once y media de la mañana siguiente, el avión de ALA, procedente de la ciudad de México y con destino final en Buenos

Aires, hizo su escala establecida en el aeropuerto de Santa Cruz. Los pasajeros que abandonaron el aparato en esta escala no eran muchos.

Quizá por eso destacaban de modo especial tres hombres, uno de ellos muy guapo y atlético, de ojos claros. Los otros dos caminaban a ambos lados de él, al parecer como sin darle importancia a la cosa, pero posiblemente un buen observador habría obtenido conclusiones interesantes. Por ejemplo: aquel hombre, más que *acompañado* parecía *custodiado*.

Otro detalle que se habría tenido en cuenta era el de que ninguno de los tres hombres pasó por el servicio regular de Aduanas ni el de Inmigración, que funcionaban simultáneamente. Con toda naturalidad, acudieron al encuentro de otros dos hombres, morenos y de mediana estatura, que, a todas luces, los habían estado esperando, y que, sin mediar palabra alguna, emprendieron la marcha hacia el edificio del aeropuerto.

En cierto modo, fue admirable la discreción y la naturalidad con que se movieron los cinco hombres. Ni un solo gesto, ni una sola distracción, ni la más leve muestra de interés hacia lo que les rodeaba. Como en un acto perfectamente ensayado, llegaron en dos turnos a su destino: un despacho muy discreto situado en un rincón del aeropuerto. Primero, llegaron los dos que habían estado esperando. Luego, los otros tres. Entraron en el despacho, la puerta fue cerrada, y allá, quedaron reunidos con dos hombres más y una anciana de inquisitiva mirada…, que fue en el acto identificada por el guapo y alto personaje que parecía *custodiado*, y que la saludó alegremente:

—¡Hola, abuelita…! ¿Cómo van las cosas por aquí?

La anciana le sonrió amistosamente.

—Regular nada más, señor Barrows. ¿Ha tenido buen viaje?

—Oh, sí… Sus dos nietecitos de la CIA y yo nos hemos entendido bien.

—Eso quiere decir que usted ha sido buen muchacho, y que no los ha obligado a matarle, ¿verdad?

—¿Me habrían matado? —sonrió James Barrows.

—¿Usted qué cree?

James Barrows miró a los dos agentes de la CIA que le habían acompañado en el vuelo Washington-Ciudad de México-Santa

Cruz… Ninguno de los dos hizo gesto alguno, ni le miró de modo especial. Lo único que hicieron fue sostener su mirada, impávidos… Y por fin, Barrows soltó un gruñido:

—Está bien, me habrían matado. Y como sabía esto, he sido buen chico. ¿Puedo saber cuál es su juego al traerme aquí, abuela?

Ruth Rutheford señaló primero a uno y luego al otro de los dos hombres que la habían estado acompañando en el despacho.

—Le presento a Braulio Terrés, secretario… personalísimo del presidente de Meragua, señor Alfonso Alfonseda. Y él es Nicéforo Ros, jefe del servicio secreto de esté país.

—Hola —les sonrió Barrows—. Vaya, esto es toda una recepción, ¿verdad? ¿Y quiénes son estos dos chiquitines morenos?

—Son dos de mis hombres —dijo secamente Nicéforo Ros, cuyo grandioso bigote se movió agresivamente—. Y no tenemos necesidad de una gran talla física para hacer bien nuestro trabajo, señor Barrows.

—Atiza, ¿qué les parece? —rió Barrows—. ¡El pequeño bigotudo habla inglés! ¡Esto es fenomenal! ¡Si yo fuese…!

—Señor Barrows —cortó Ruth Rutheford—, no todo el mundo tiene mi sentido del humor. Es mejor que se calle, por el momento.

—No he querido ofender a nadie —aseguró Barrows, sorprendido—. Solamente era una broma.

—Las bromas no son siempre bien comprendidas. Puede sentarse, si quiere.

Señaló una silla, y Barrows, un poco mosqueado, se sentó. La anciana y el bigotudo celebraron una brevísima conferencia en cuchicheos. Luego, los dos hombres de Nicéforo Ros, y los dos que habían llegado con James Barrows abandonaron el despacho. Eso fue lo último que Barrows supo de ellos.

—Bien —dijo la anciana, sentándose frente a Barrows—. Hace dos días le ofrecí la libertad y veinticinco mil dólares, señor Barrows. ¿Lo recuerda?

—Sí.

—Voy a mejorar mi oferta… Siempre, basándome en que usted pudo matar a algunos de mis compañeros en Key Biscayne y no lo hizo. Esta es mi nueva oferta: un pasaporte de la nacionalidad que usted quiera, libertad absoluta, incluso dejándole en Europa sano y salvo si así lo prefiere, y el resto de la cantidad que usted concertó

con Casares, esto es, ciento veinticinco mil dólares. Todo eso, para usted.

—¿A cambio de qué?

—Tenemos en el depósito de cadáveres de Santa Cruz tres hombres muertos. Uno de ellos es Ruperto Casares, y los otros dos…

—¿Ha muerto Casares? —alzó las cejas Barrows—. Supongo que se refiere usted al hombre que me pagó en Miami.

—Sí, desde luego. Pero déjeme terminar. Uno de los muertos es él. Los otros dos se llaman Bernardo Taste y Juan Sánchez… ¿Le suenan estos nombres?

—No —dijo muy seriamente Barrows.

—Está usted estropeando mi oferta, Jim —dijo amablemente Ruth Rutheford.

—Mire, abuelita, le dije todo lo que sé, así que ni aunque me hiciesen pedazos con cuchillos mal afilados, podría decir nada más. ¿Sánchez y Taste? Piense usted lo que quiera, pero no tengo ni idea de quiénes pueden ser.

—¿Podría usted soportar la visión de sus cadáveres?

—¿Quiere decir que vaya a verlos al depósito?

—Sí.

—Claro que puedo —refunfuñó Barrows—. Y no creo que eso me impresione lo suficiente para desmayarme. Iré allá en cuanto usted quiera. Pero me gustaría saber qué espera conseguir con ello.

La anciana quedó pensativa unos segundos. Tan pensativa, que pareció incluso que su mente se alejaba de allí, que dejaba de formar parte de aquella reunión. Barrows la miró, miró al irritado Nicéforo Ros, a Braulio Terrés, de nuevo a la anciana…

—Jim —dijo ésta de pronto—, se lo voy a decir… Hasta ahora, yo he dispuesto de cuatro pistas en este asunto. Cuatro pistas representadas por otros tantos hombres: usted, Ruperto Casares, Bernardo Taste y Juan Sánchez. Usted está vivo porque fue inteligente, y, más que prisionero, ha estado *protegido* por la CIA desde que fue capturado. Bernardo Taste murió porque, según yo pienso, no estaba acostumbrado a moverse en una bañera. Ruperto Cas…

—¿Qué ha querido decir con eso de Bernardo Taste?

—Murió en una bañera al clavársele un cuchillo en el pecho.

—Caray… ¿Y cómo ocurrió eso?

—Quiso matarme a mí cuando me estaba duchando, y yo lo maté a él.

—Es usted tremenda, abuela —rió Barrows.

—No es ninguna broma tampoco esta vez —sonrió ella.

—¿De verdad se cargó usted a un tío en una bañera?

—Palabra de honor —alzó una mano Ruth Rutheford—. Pero eso tiene sentido, ¿no le parece? El vino a matarme a mí, y yo le maté a él, defendiendo mi vida. También tiene sentido que usted esté vivo, puesto que está siendo *protegido* por la CIA. Lo que no tiene sentido, al menos aparentemente, es que Casares y Sánchez hayan muerto. Aunque quizá sí tenga sentido, si pensamos que los mataron.

Barrows entornó los ojos.

—¿Los mataron? ¿Quiénes?

—Yo no lo sé. ¿Y usted?

—Tampoco.

—Bueno… Mire, a Casares lo encontraron mis compañeros en un apartamento en la dirección que usted nos facilitó. Tenía no menos de seis balazos en el cuerpo. Fue, no cabe duda, un asesinato cometido con toda frialdad. Juan Sánchez acompañaba a Bernardo Taste cuando los enviaron a matarme, pero Sánchez se sorprendió tanto ante una viejecita dando golpes, que optó por salir corriendo… Ni siquiera dos horas más tarde, su cadáver fue encontrado dentro de un coche que había caído a un barranco, fuera de la carretera.

—Tuvo un accidente.

—Oh, vamos, Jim —se impacientó Ruth—. ¿Por qué tiene que tomárselo todo a broma? Sabe muy bien que eliminaron a Casares porque temían que usted lo delataría, como así sucedió. Asimismo, ya que yo había visto a Juan Sánchez, lo metieron dentro de un coche después de darle un golpe en la cabeza, y lo tiraron por el barranco. ¿No lo entiende?

—¿Qué demonios tengo que entender?

—Los tres hombres que podían proporcionar alguna pista a la CIA han muerto. Sólo queda usted.

—¿Y qué trata de decirme con eso? —se puso en pie de un salto James Barrows.

—Cálmese. Insisto en mi trato: usted viene a ver a esos tres

hombres muertos, hace un esfuerzo de memoria, nos pone sobre una nueva pista relacionada con Casares o con alguno de ellos…, y nosotros lo ponemos rumbo a Europa.

—¡Pero no dispongo de ninguna otra pista!

—De acuerdo. Adiós, Jim. Caballeros, ¿nos vamos?

Nicéforo Ros dirigió una maligna mirada a Barrows, abrió la puerta. Braulio se colocó a un lado, esperando ambos que saliese Ruth Rutheford del despacho… Pero, cuando la anciana caminaba hacia allí, Barrows la asió rudamente por un brazo.

—¡Espere un momento! —gritó—. ¿Qué es lo que pretende? ¿Dejarme sólo aquí, en Meragua?

—Si nada sabe, nada tiene que temer, Jim.

—¡No puede hacer eso conmigo! ¡Me ha hecho venir de Washington para meterme en esta sucia trampa…! ¡Y ni siquiera tengo dinero para tomar el avión!

—Puedo prestarle unos cientos de dólares —dijo ella, implacable.

—Pero no…, no es posible… Se lo juro, no sé nada más. ¡No tengo ni idea de nada más!

—Entonces, ¿qué pierde viniendo con nosotros al depósito de cadáveres para identificar a Casares… y a los otros dos, si los conoce?

—¿Si hago eso me sacarán vivo de Meragua? ¿Me llevarán a Europa?

—Si.

—Está bien… No sé por qué, abuelita, pero tengo la impresión de que debo confiar en usted.

—Esa ha sido, sin duda, la mejor decisión de toda su vida, Jim —aseguró la anciana.

La identificación fue rápida y simple en cuanto a Ruperto Casares. Colocaron a James Barrows delante de la gran mesa de mármol donde estaban los tres cadáveres preparados para su identificación, y el aventurero señaló sin vacilar uno de ellos.

—Este es Casares —dijo; miró atentamente a los otros dos y movió negativamente la cabeza—. A éstos no los conozco. Se lo juro, abuela.

—Bernardo Taste y Juan Sánchez —musitó la anciana—. ¿Está seguro de que ni siquiera le suenan sus nombres, Jim?

—Sí, seguro.

—Muy bien.

Ruth Rutheford miró a Nicéforo Ros, que comprendió, y le hizo una seña al empleado del depósito de cadáveres, para que éstos fuesen colocados en lugar más adecuado, para su conservación inodora hasta el momento del entierro.

—¿Cuándo salgo para Europa? —preguntó Barrows. Ruth Rutheford abrió su maletín, tras colocarlo sobre la mesa de mármol, y sacó de él un sobre, que tendió al aventurero.

—Dentro hay un pasaje de avión para Río de Janeiro. Allá le estará esperando uno de mis compañeros, con otro pasaje, para ir a Madrid. También hay un pasaporte, a nombre del ciudadano meraguano Alberto Méndez… Todo está en regla, no se preocupe. También encontrará un cheque contra un Banco suizo por la cantidad de ciento veinticinco mil dólares. Y aquí —sacó del maletín unos cuantos billetes— tiene dinero suelto para los pequeños gastos hasta que llegue a Suiza. Y ahora, Jim, una cosa que no está en el sobre… Un buen consejo: será mejor que a partir de ahora no se meta en más líos. Porque si vuelvo a verlo en mi camino —la mirada de la anciana pareció congelarse— lo mataré.

Barrows sonrió, examinó el contenido del sobre, y se lo guardó.

—Supongo que tendré escolta hasta el aeropuerto —pidió.

—Si lo desea, sí.

—Pues… me gustaría, francamente.

—El señor Ros y yo estaremos con usted hasta que aborde el avión hacia Río de Janeiro.

—¿Ustedes dos? No me parece una gran protección.

—Tómela o déjela. Y le insisto, Jim. Está muy equivocado conmigo. ¿Nos vamos?

Capítulo VI

A la una y cuarto del mediodía, Ruth Rutheford miró su relojito de platino con brillantes, y dijo:

—El avión sale dentro de quince minutos. Buen viaje.

—Gracias… por todo, abuelita.

—No lo olvide —dijo ella fríamente—. Sólo una vez más que se ponga en mi camino, y es hombre muerto.

James Barrows emitió una risita, y salió del coche, en cuyo asiento de atrás había estado esperando, junto a la anciana. Al volante, fumando un grueso cigarro de fuerte aroma, había permanecido Nicéforo Ros, impávido, silencioso.

Barrows saludó una vez más con la mano, y comenzó a alejarse del estacionamiento, hacia el edificio del aeropuerto. Sólo tenía que adquirir su carta de embarque, tomar el avión, y el asunto quedaría zanjado. Un hombre de suerte.

Nicéforo Ros se volvió hacia la anciana, mirándola fijamente, relucientes sus pequeños ojillos negrísimos, astutos.

—Es un hueso muy duro —musitó.

—A buen diente no hay hueso duro —replicó ella.

Ros hizo un gesto de resignación, y volvió a mirar a Barrows, que estaba todavía caminando entre los coches estacionados.

Por su parte, James Barrows no se sentía todo lo feliz que su inesperada suerte merecía. Iba pensando cosas que no le gustaban demasiado…

Y fue justo entonces cuando fijó de modo especial su atención en el hombre que apareció por entre los coches, mirándole directamente a él. Barrows se detuvo en seco, y, por experiencia, miró a su derecha. Entonces, vio al otro hombre. Cuando miró a su izquierda, vio al tercero, también apareciendo por entre los coches… Los tres le miraban fijamente, pero impasibles sus cetrinos rostros. De pronto, uno de ellos metió la mano derecha en el bolsillo

de aquel lado de su blanca chaqueta, y la sacó rápidamente, con la pistola provista de silenciador.

James Barrows palideció, y dio un salto atrás. Muy apagado, pero claramente, oyó el chasquido del silencioso disparo, y la bala rebotó en un coche cercano a él. Los otros dos hombres habían sacado también su pistola, y al volverse para echar a correr en dirección opuesta al edificio, Barrows le vio apuntándole con terrible firmeza.

Plop, oyó también.

Justo cuando se inclinaba, la bala dio de lleno en el cristal de una ventanilla del coche cercano, que reventó hacia dentro en una brillante lluvia de diminutos fragmentos. Barrows acabó por caer de rodillas, pero no se detuvo en ningún momento. A gatas, llegó hasta la protección del coche, mientras oía la voz, en español:

—¡De prisa! ¡Hay que matarlo en seguida!

Se incorporó un poco, y a través de los cristales, vio a los tres hombres corriendo hacia él. Respingó, se irguió completamente, y echó a correr, alejándose de ellos…

—¡Por allá va!

¡Boiiíiinngg, boooínnngggg…!, rebotaron dos balas en un coche cuando Barrows apenas lo había rebasado.

Desorbitados los ojos, corriendo a toda la velocidad posible, Barrows iba volviendo la cabeza para comprobar la proximidad de los tres hombres. No conseguía dejarlos atrás. Eran más menudos que él, pero parecían gatos saltando con asombrosa agilidad por encima de los coches… Una de las veces que se volvió, Barrows vio a uno de ellos de pie encima de un coche, apuntándole, sujetando la pistola con las dos manos. Pese al intenso sol del mediodía, vio en la boca de fuego el fogonazo del disparo, y simultáneamente, notó el golpecito en la pierna derecha, por detrás, entre la cadera y la rodilla… La pierna le falló, y Barrows cayó de bruces…

—¡Le he dado! —oyó el grito—. ¡Acabad con él!

Barrows abrió la boca para gritar, y en aquel momento vio llegar corriendo a Nicéforo Ros y a la anciana, cada uno de ellos con una pistola en la mano… La anciana se detuvo de pronto, apuntó brevísimamente, y disparó, muy alto, a juicio de Barrows. Volvió la cabeza, y vio al hombre de encima del coche soltando la pistola, llevándose las manos al pecho, girar, caer de lado sobre el capó del

coche, y de allí, rebotando grotescamente, al otro lado, desapareciendo de su vista.

—¡Jim, protéjase…! —gritó la anciana.

Jadeando, Barrows se arrastró rápidamente, metiéndose como pudo debajo de un coche. Junto a él, pasó Nicéforo Ros, corriendo, disparando… Los disparos de los tres atacantes no los había oído bien, ni el de la anciana, pero los de Ros restallaron como cañonazos… Más allá, oyó un grito de dolor. Casi en seguida, un silbato policial…

—¡Atienda a Barrows! —oyó la voz de Ros—. ¡Hay policías por aquí, y ellos y yo nos encargaremos de esos hombres!

Los pies calzados con fuertes zapatones negros aparecieron ante los ojos de Barrows, junto al coche. La anciana se arrodilló, y en seguida apareció su cabeza, de lado, muy abiertos los ojos.

—¡Barrows! ¿Está bien? —gritó.

La pistola de Ros sonó por dos veces más, seguían oyéndose silbatos policiales… Barrows lanzó un gruñido.

—Me han acertado en una pierna…

—He matado a uno, y el señor Ros se encargará de los otros… ¡Salga de aquí, será mejor que nosotros nos vayamos en el coche! ¡Pueden haber más! ¡Deme la mano!

La anciana tendía su mano izquierda. Barrows la aceptó, y, para su asombro, ella lo sacó de allí arrastrándolo con toda facilidad. Le ayudó a ponerse en pie, señalando hacia donde habían dejado el coche.

—¿Puede caminar?

—Puedo correr, incluso.

—¡Pues hágalo!

Dejando tras él un estruendo de disparos y silbatos policiales, y gritos, y la sirena de un coche de la policía, James Barrows se dedicó a correr. Sólo pensaba en eso, entonces. A trompicones, llegó al coche unos segundos después que la anciana, que estaba al volante, haciéndole frenéticas señas. Apenas Barrows hubo cerrado la portezuela, el coche partió, como disparado, lanzándolo contra el borde del asiento. El vehículo abandonó el estacionamiento a toda velocidad…, llevando tras él otro coche, que la anciana vio a los pocos segundos, por el retrovisor.

—Nos sigue un coche —exclamó—. ¿Puede usted pasar a este

asiento para conducir?

—Deme su pistola —replicó él—, y yo mismo…

—Mi pistola no serviría de nada contra ese coche… ¡Tiene que pasar a este asiento y tomar el volante! ¡Vamos, Jim, tiene que hacerlo!

Lanzando gruñidos de dolor, Barrows se las arregló para ocupar aquel puesto, mientras la anciana se iba desplazando a medida que él se iba acomodando. El cambio de conductor en plena marcha no fue fácil, y el coche pareció un par de veces a punto de estrellarse contra los árboles que bordeaban la carretera, por la que zumbaban ya los dos coches, alejándose del aeropuerto.

—Ya…, ya lo tengo —jadeó Barrows—. ¡Ya lo tengo!

La anciana soltó del todo el volante, y retiró el pie del pedal del gas, abandonando una postura incomodísima. Inmediatamente, pasó al asiento de atrás, abrió su maletín, y sacó lo que parecía un trípode para cámara fotográfica. Separó los tres tubos de aluminio, los ensambló unos a otros, y luego separó una parte del secador de cabello a pilas, colocándolo como culatín en el tantas veces utilizado tubo-fusil…

—¿Qué está haciendo? —gritó Barrows, con la mirada fija en el retrovisor—. ¡Dispare! ¡Nos están alcanzando!

—¡Acelere!

—¡Este trasto no corre más, voy con el pedal a fondo!

El tubo-fusil estaba ya montado. La anciana sacó del falso fondo de un tarro de crema facial dos pequeñas ampollas que también parecían de aluminio. Introdujo una de ellas por la boca del tubo-fusil, y se acomodó junto a la ventanilla de espaldas a la marcha.

—Reduzca la velocidad —pidió.

—¿Está loca? ¡Esos…!

—¡Haga lo que le digo!

Barrows quitó el pie del pedal del gas, y el coche perdió velocidad inmediatamente. La anciana sacó por la ventanilla el tubo-fusil, y la mitad derecha superior del cuerpo. Apuntó un instante, apretó el disparador…

Por el espejo retrovisor, James Barrows pudo observar los efectos del disparo: una gran llamarada apareció por delante del coche perseguidor, que quedó oculto brevemente. Apareció rebotando en el embudo dejado por la pequeña pero poderosa carga

explosiva, dio un par de saltos, fue a la derecha, a la izquierda, a la derecha, a la izquierda…, y finalmente se salió de la carretera y se incrustó contra uno de los gruesos árboles, ya a bajísima velocidad. Y todavía pudo Barrows ver salir a dos hombres del interior del vehículo…

—Acelere —dijo la anciana—. ¡Acelere ahora!

La velocidad de la marcha aumentó, mientras la anciana volvía al asiento delantero, junto a Barrows. Se volvió, recogió el maletín, y sobre él, se dedicó a desmontar el tubo-fusil, volviendo a convertirlo en un inofensivo trípode y en un no menos inofensivo secador, contemplada de cuando en cuando de reojo por Barrows…

—Demonios, abuelita, usted es…

—Cállese —cortó ella—. No tengo ninguna necesidad de escuchar su maldita voz. Y ya puede reducir la marcha… ¿Está en condiciones de seguir conduciendo?

—Sí, desde luego…, por ahora —gruñó Barrows.

—Pues dedíquese a ello —la anciana sacó el paquete de cigarrillos, y alzó el del contacto—. ¿Simón?

—Sí. Dígame.

—Ha habido dificultades que luego le explicaré.

Llame inmediatamente a un médico, que vaya a su oficina. ¿Hay entrada trasera en ese edificio?

—Sí, para la recepción de…

—Espéreme allá dentro de unos diez minutos. ¿Puede proporcionarme unos pantalones?

—Mmm… ¿Cómo dice?

—¡Unos pantalones de hombre!

—Sí… Sí, claro. Suelo tener en mi oficina…

—Baje a esperarme con ellos. Es todo.

—Muy bien.

La anciana cerró la radio, la guardó en el maletín, cerró éste, y se quedó mirando al frente. Al cabo de unos segundos suspiró, y volvió la cabeza hacia Barrows.

—¿Cómo va eso? —se interesó.

—Bien… ¿Volvemos a Santa Cruz?

—Si quiere, puede apearse —replicó ella acremente.

—No, gracias. Parece que me ha salvado la vida, abuelita.

—He hecho cosas mejores en mi vida. Vaya a una marcha

moderada. Le iré indicando el camino…

Doce minutos más tarde, el coche se detenía en la parte de atrás del pequeño rascacielos único en Santa Cruz. Y apenas había quitado Barrows el pie del freno, Simón apareció, y se metió en la parte de atrás del coche. En su rostro apareció un gesto brevísimo de asombro al ver a Barrows, pero en seguida tendió un envoltorio a la anciana.

—Los pantalones.

—Póngaselos, Jim —dijo ella—. Encima de esos que lleva. Bastará que puedan impedir que se vea la sangre hasta que lleguemos a la oficina de mi compañero. ¿Podrá caminar?

—Con toda facilidad —aseguró Barrows.

Lo que ya no resultó tan fácil fue ponerse los pantalones, pero finalmente lo consiguió. Salieron los tres del coche, y se dirigieron hacia el interior del edificio, caminando reposadamente. Tomaron el montacargas, que abandonaron en el piso séptimo. Segundos después, estaban los tres en la oficina de Simón. Barrows se sentó inmediatamente, y se pasó una mano por la frente perlada de sudor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Simón.

—También han querido matar a Barrows… Seguramente, nos siguieron en todo momento, nos estuvieron viendo… Y atacaron en el aeropuerto, cuando Barrows quedó solo.

—Caramba. —Simón dirigió una mirada perversa e irónica a James Barrows—. Para ser usted un hombre que no sabe nada de nada, yo diría que se han tomado muchas molestias.

—¿Y éste quién es? —gruñó Barrows.

—Un compañero mío que está al corriente de todo —replicó Ruth Rutheford.

—Y que lo suponía ya camino de Río —añadió Simón—. No creo que nuestro médico tarde mucho. ¿Cómo han ido las cosas exactamente?

Cuando llegó el médico, Simón estaba al corriente de lo ocurrido en el aeropuerto. Estuvieron esperando, en silencio, el dictamen del médico, que tras examinar la herida de Barrows, el cual se hallaba en calzoncillos, aseguró:

—Nada importante. Dolorosa, pero nada más. El hueso está intacto… Le pondremos un remiendo y en pocos días estará bien. ¿Es de los nuestros?

—No —replicó la anciana—. De modo que, aunque haya que cortarle la pierna, no importa.

—Abuelita, ¡qué mala eres! —intentó sonreír Barrows.

Nicéforo Ros llamó a la oficina de Simón cerca de las tres de la tarde, y pidió hablar con la señora Rutheford. Ésta se puso al aparato, se presentó, y durante un par de minutos estuvo escuchando. Luego, colgó, tras decir simplemente:

—De acuerdo, Nicéforo.

Se sentó en una silla, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando a Barrows, que estaba acomodado en un sillón, todavía en calzoncillos, con la pierna vendada apoyada en una silla.

—Nada nuevo —murmuró la anciana—. Querían matarle, Jim, eso es todo.

—¿Por qué?

—Uno de ellos ha muerto, el que le disparara desde lo alto del coche. Otro está muy malherido, así que ha sido llevado a un hospital. El tercero fue capturado vivo, y eso es todo lo que dice saber: que les pagaron para matarle a usted.

—¿Quién les pagó?

—Si no lo sabe usted…, ¿cómo quiere que lo sepa yo? En cuanto a los del coche, se han esfumado. Nicéforo Ros lo encontró luego en la carretera, y están haciendo investigaciones sobre él… Pero no creo que consigan nada.

—¿Qué vamos a hacer? —musitó Barrows.

—Si se lo digo, no va a gustarle. No —la anciana movió la cabeza—. No va a gustarle nada, Jim. Ni siquiera a mí me gusta, pero… lo haremos.

—¿De qué se trata?

Ruth Rutheford movió negativamente la cabeza, y ya no dijo una sola palabra más.

Hacia las siete de la tarde, volvió a sonar el teléfono. Esta vez, lo atendió directamente Ruth Rutheford, y como la anterior, se limitó a escuchar. Cuando colgó, no había dicho una sola palabra. Fue adonde estaba su maletín, lo cogió, y miró a Simón.

—Cuide de Barrows…, pero vigilándolo, porque a lo peor no es tan inteligente como cree. Yo volveré cuando pueda… Voy a ver si obtengo mejores resultados que Nicéforo Ros con ese sujeto que ha capturado. Se llama Atilio Paredes —miró a Barrows—. ¿Tampoco

lo conoce?

—No —musitó Barrows.

La anciana se quedó unos segundos mirándolo fijamente. Luego, sin haber dicho nada más, salió de la oficina.

Capítulo VII

Regresó a las diez y cuarto de la mañana. Parecía un poco fatigada, y eso era todo. Dejó el maletín sobre una silla, y una bolsa de comestibles sobre la mesa del despacho. Ofreció unos bocadillos y vino a Simón y a Barrows, que parecían haber pasado la noche mucho más fatigosamente que ella, y se sentó en un sillón, con evidente placer, quitándose los zapatones.

—¿Cómo va la pierna? —se interesó.

—Bien —murmuró Barrows—. ¿Han conseguido algo?

—No. Simplemente, porque no hay nada que conseguir… Si ese desdichado que se llama Atilio Paredes hubiese sabido algo, le aseguro que me lo habría dicho. Pero no sabía nada… Es decir, muy poca cosa. Al parecer, un norteamericano les contrató. No está muy seguro de eso, desde luego, porque el hombre hablaba correctamente el español. Sabía cosas de ellos, no fue a ciegas. Les dijo que tres norteamericanos iban a llegar ayer por la mañana en el vuelo procedente de Ciudad de México, y que debían matar a uno de ellos: el alto, rubio, guapo, de ojos claros. Fueron al aeropuerto, y cuando usted llegó, no pudieron hacer nada, pues le protegían mis compañeros, y además, estaban los otros dos hombres… Se refería a los de Ros naturalmente. Luego, nos siguieron hasta el depósito de cadáveres, de nuevo nos siguieron al aeropuerto, y cuando usted estuvo a su alcance, lo atacaron. Eso es todo. Cobraron por anticipado cincuenta mil dólares para los cinco. En fin…, que estamos como al principio. Y ese hombre tan terco…

—¿Qué hombre? —se interesó Simón—. ¿El tal Atilio?

—No, no. Me refiero al presidente Alfonseda. Fui a verlo a primera hora de la mañana, para decirle que no convenía que abandonase la protección de su gente, que doblase la guardia… Me dijo que ya lo tenía todo preparado y concertado con Ford, y que nadie le iba a impedir hacer ese viaje… Ya ha salido en su avión

particular, hacia Miami. La llegada está calculada para las cinco de la tarde… Naturalmente, los nuestros le estarán esperando…, si es que llega.

—¿Cree que pueden atacarlo en el aire?

—No lo sé. El objetivo de todo esto es impedir que Alfonso Alfonseda se entreviste con el señor Ford, y que consiga concesiones suficientes para mantenerlo en la presidencia. Eso, al menos, es lo que parece.

—Entonces, quizá sí lo ataquen.

—Quizá. Creo que sería conveniente que usted enviase un mensaje pidiendo que algunos aviones nuestros salgan al encuentro del de Alfonseda, para escoltarlo hasta Miami.

—Buena idea —aprobó Simón—. ¿Lo hago ahora mismo?

—Si no ahora…, ¿cuándo? —sonrió desganadamente Ruth.

Durante diez minutos, Simón Santa Cruz estuvo utilizando el télex. Por fin, tras arrancar y quemar la ancha cinta de papel, miró a la anciana, hizo un gesto, y se sentó. Aquella parte estaba solucionada.

—Si Alfonseda llega a la pequeña Casa Blanca, ese plan que todavía no comprendo, habrá fracasado —dijo Ruth Rutheford, pensativa—. Pero a mí no me gusta dejar las cosas a medias.

—¿Qué quiere decir? —alzó las cejas Simón.

—Ésta sería la primera vez que yo fracasase, Simón.

—Alguna vez ha de ser la primera —sonrió el espía.

—No en mi caso —replicó ella, visiblemente disgustada—. No pienso fracasar sin intentarlo *todo*. Así que… me parece que voy a poner en práctica el plan que vengo pensando desde ayer. A Barrows no va a gustarle, lo sé, pero… no me gusta fracasar.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Barrows, tenso.

—Lo voy a dejar marchar una vez más, Jim. Lo siento.

—¡No! Todavía quedan dos tipos de esos que querían matarme. ¡Si salgo de aquí, no sabré adónde ir, ni qué hacer…! Y si ellos me encuentran…

—Lo lamento. Adiós, Jim.

—¡No puede hacer eso! —gritó Barrows.

—Es usted todo un caso desconcertante, joven amigo. Seguramente, es el primer hombre al que repetidamente le ofrezco la libertad, y que se niega a aceptarla.

—¡No conozco a nadie aquí, no tengo recursos, estoy herido…! ¡Si salgo, me encontrarán!

—Mucho me temo que así sea —asintió—. Pero eso que a usted tanto le disgusta lógicamente, es lo que yo deseo.

—¿Quiere que me maten? —exclamó Barrows, lívido.

—No, no… De veras. Me conformo con que lo encuentren. Aunque si lo matan, mi pena será muy soportable.

—Pero…, pe-pero…, ¿qué… qué va a ganar usted con mi muerte?

—Se lo voy a explicar, Jim, ya que va usted a arriesgar la vida en mi plan. Fíjese bien… Yo le voy a dejar marchar o, si lo prefiere, le voy a *obligar* a salir de aquí. Se va a quedar en la calle, solo, herido, sin amigos… Lo encontrarán. Y yo estaré esperando que lo encuentren. Lo que hagan con usted, no me interesa… En cambio, sí me interesa que esos dos hombres que quedaron libres, cumplan su contrato de asesinato. Luego, me dedicaré a ellos…

—¡Pero ninguno de ellos debe saber nada!

—Lo sé. Es decir, saben una cosa: conocen al hombre que los contrató. Este hombre sabe que sólo quedan dos… ¿Qué cree que hará ese hombre que al parecer es norteamericano, cuando los dos hombres que quedan le hayan eliminado a usted?

—No…, no sé…

—Él mismo se encargará de eliminar a los dos que quedan. Pues bien, tampoco a él le impediré hacer ese trabajo. Pero… ya lo tendré a mi alcance, porque todo lo que vamos a hacer Nicéforo y yo, apoyados por muchos hombres, será estar cerca de esos dos sujetos después de que lo hayan matado a usted. De este modo, cuando vaya ese norteamericano a matarlos, lo cazaremos a él… Y tengo la esperanza de que ese norteamericano sabrá mucho más que Atilio Paredes y los demás… ¿Comprende mi jugada?

—¡Es genial! —exclamó Simón.

Pero James Barrows no compartía este entusiasmo, ni mucho menos. Estaba demudado, mirando con expresión desorbitada a Ruth Rutheford.

—No —jadeó por fin—. No hará eso, no…

—De verdad que lo siento, Jim. Pero cuando uno se mete en esta clase de juegos, debe aceptar todas las bazas. Ah, que no se me olvide: devuélvame el cheque y la documentación y los pasajes.

—Espere —jadeó Barrows—. Espere un momento. Supongamos que yo supiese algo más… ¿Me enviaría a la calle?

—Claro que no —se sorprendió la anciana—. Desde el primer momento le estoy haciendo ofertas convenientes para usted, Jim.

—Sí, lo sé… Pero supongamos que yo supiese algo…, que pudiese darle informes que le permitiesen a usted… no fracasar ni siquiera esta primera vez… ¿Qué podría esperar yo?

—Lo que tiene en su bolsillo: un cheque, pasaporte… No me gusta repetir tanto las cosas.

—¿Me dejaría marchar…, aunque los planes en los que he tomado parte no le gustasen… ni lo más mínimo?

—Si todavía estamos a tiempo de solucionar algo, y usted me ayuda, yo mantendré mi oferta.

James Barrows se pasó la lengua por los labios, que estaban secos. En cambio, la frente estaba llena de sudor. Un sudor denso y copioso, que hacía relucir sus facciones.

—Está bien… Puesto que ellos también han querido matarme a mí, se lo diré todo. Le diré la verdad. Se lo merecen, por puercos… Yo acepté la parte más peligrosa del plan porque me aseguraron que cuando todo hubiese terminado, me sacarían de la cárcel, y me pagarían un millón de dólares. Tenía que dejarme atrapar en la pequeña Casa Blanca, e ir facilitando pequeñas informaciones que, finalmente, darían lugar a que la CIA pensase precisamente lo que usted está pensando: que todo está dirigido contra Alfonso Alfonseda.

—¿Y no es así?

—No. —Barrows retiró el sudor de su frente con una mano—. Desde luego que no… Pero había que hacerlo así. Engañamos a Casares, y hemos estado utilizando personal de Meragua para todas las cosas visibles… En todo momento, tenía que parecer que lo que iba a pasar era cosa de algunos meraguanos que no querían a Alfonso Alfonseda…

—¿Pero ningún meraguano ha tenido nada que ver con todo esto?

—No. Ninguno. Han sido simples títeres. A Casares lo engañamos, como a los que luego mataron a Casares, y que a su vez tenían que morir, después de provocar algún incidente que complicase más las cosas…

—¿Como por ejemplo, matar a un enviado del presidente Ford a Meragua?

—Eso podía servir, sí.

—A mí quisieron matarme dos hombres. Yo maté a uno, y el otro apareció muerto dentro de un coche de Germán Villanueva.

—Ah, sí… Eso también formaba parte del plan: complicar las cosas, conseguir que unos se acusasen a otros, crear un clima tal que nadie se sorprendiese si finalmente atentaban contra el presidente Alfonseda. Así que fuimos utilizando meraguanos, que se iban matando unos a otros. Y a los últimos que quedasen, los habría matado uno de los nuestros… Pero no a mí. Yo habría quedado retenido por la CIA, o quien fuese, y cuando las cosas hubiesen cambiado, me habrían dejado en libertad y me habrían pagado el millón de dólares… Pero esos malditos puercos, al vigilar la CIA y verme salir de allí, lo han preparado todo para eliminarme a mí también, en lugar de cumplir lo prometido, pese a que todo lo hice bien. Mire, aquella noche en que yo me introduje en la pequeña Casa Blanca, en la lancha estaba Casares, en efecto, pero además, otros dos hombres rana, que fueron los encargados de bajar el material y enterrarlo en la arena hasta el momento de utilizarlo. Cuando lo hubieron hecho, hicieron la señal con la luz, simulando que involuntariamente habían tocado los mandos, o que habían tenido una pequeña avería, un cruce… Algo así. Para mí, la luz significaba que ellos habían terminado su trabajo, y que me tocaba a mí hacer el mío: simular que había ido allí a colocar unos micrófonos, dejarme atrapar, dar las pistas para que todo apuntase hacia Meragua… Así, pasase lo que pasase, las acusaciones irían dirigidas contra Meragua y los meraguanos que habían querido matar al presidente Alfonseda…

—¿Matarlo? ¿En la pequeña Casa Blanca?

—Sí. Pero no es a Alfonso Alfonseda a quien quieren matar, sino al presidente Ford.

Ruth Rutheford y Simón quedaron pálidos como muertos.

—Por el cielo… —jadeó Simón.

—Siga —dijo con voz aguda la anciana.

—El atentado está preparado de modo que…, que morirán todos los que estén en la pequeña Casa Blanca. Y todos dirán que ha sido preparado para eliminar a Alfonso Alfonseda… De este modo, no

habrá investigaciones en Estados Unidos, nadie sospechará que han sido unos norteamericanos los que lo han preparado todo para matar al presidente. Y así, los que han ordenado y preparado su muerte, podrán estar tranquilos…

—¿Quiénes son esos hombres? Sus nombres, Jim.

—No sé… Sólo conozco a uno, que es el que dirige nuestro grupo de… aventureros. En total, somos cinco hombres como yo, dispuestos a todo por dinero, y uno de esos… probos y encumbrados norteamericanos ha dado la cara por su grupo. Se llama Robert W. Chaise. Los demás, no sé quiénes son, pero creo que hay algunos militares, senadores, políticos… De verdad que no sé más. Pero Robert Chaise sí debe saberlo. Yo ya no puedo decirles más… Vayan a preguntarle a Chaise.

—Ya no hay tiempo, Jim —susurró Ruth—. Ya no hay tiempo…

—Oh, sí. El atentado será esta tarde, es decir, el mismo día de la llegada de Alfonso Alfonseda a la casa Blanca. Y usted ha dicho que ya ha salido…

—Sí. Pero no me refiero a eso. Quiero decir que nadie llegará ya a tiempo de preguntarle nada a Robert W. Chaise. Ya debe estar muerto… de un accidente. ¿No lo comprende? Ha sido el hombre que ustedes han conocido, el que lo ha preparado todo, el que los ha dirigido. Ahora, todo el plan está en marcha: usted fue hecho prisionero, nos dio la pista para que todos pensásemos que el asunto estaba relacionado con los meraguanos, que la muerte del señor Ford habría sido ocasionada sólo por su proximidad a Alfonseda. A usted lo habría matado alguien de la CIA, quizá, pues esto también debe estar previsto… Luego, matarían a los demás. Pero antes, a Robert W. Chaise. Primero, Chaise. Luego, los compañeros de usted, y finalmente, usted. Todo terminado. El presidente habría muerto, parecería un atentado contra otra persona, y, en efecto, las investigaciones irían muy equivocadas… Dice usted que el atentado será hoy mismo, esta tarde… ¿Qué clase de atentado? ¿Por qué procedimiento?

—Mis compañeros llegaron hasta los desagües de la pequeña Casa Blanca, y colocaron allí unos largos tubos de goma que fueron empalmando, hasta llegar al centro de la bahía. Allí, enterraron en la arena un compresor herméticamente cerrado y conectado a los tubos de goma. Esta tarde, mis compañeros llegarán adonde está el

compresor, colocarán unas ampollas de gas mortal en los tubos de goma, y las romperán. Con el compresor, enviarán el gas hacia los desagües de la pequeña Casa Blanca, y en pocos segundos, toda ella estará llena de los vapores letales… Morirán todos. Es decir, tenían que morir todos.

—Y todo eso… para matar al presidente.

—Sí. Hay gente que quiere que muera… si el presidente cae, muchas personas importantes caerían con él. Por lo tanto, han decidido eliminarlo.

—Pero esto es monstruoso —exclamó Simón—. ¡Es increíble absolutamente! ¡Usted está hablando como si el presidente de los Estados Unidos fuese un…, un jefe de *gang*, al que conviene eliminar! ¡Usted está loco! ¡Y le voy a partir la…!

El agente de la CIA se acercó a Barrows, lívido, cerrados los puños, y claramente dispuesto, en efecto, a «partirle la cara»… Pero Ruth Rutheford se interpuso rápidamente entre ambos.

—Llame a Braulio Terrés, Simón —ordenó—. Dígale que me consiga un pasaje para Estados Unidos inmediatamente, en el primer vuelo. Son las once menos veinte, hay casi siete horas de vuelo… ¡Necesito un avión para dentro de quince minutos, dispuesto a despegar en el aeropuerto! Que se las arregle como quiera. Luego, llame a la Central, que busquen a Robert W. Chaise, pero con discreción, por si aún no lo hubiesen matado… Aunque sería mejor que lo hubiesen matado, que nunca llegásemos a conocer a esos hombres… Sería mejor que esto fuese un…, un laberinto sin salida. ¡Llame a Terrés!

El agente de la CIA se precipitó hacia el aparato, y Barrows preguntó a Ruth Rutheford:

—¿Cuándo me llevarán a Europa?

—Primero, tiene que venir conmigo a Estados Unidos, Jim.

—¡No! Usted sabe que querrán matarme, ya lo han intentado aquí…

—Aquí, no. Todo ha sido un truco mío, para ponerle en un aprieto.

—¿Qué… qué dice…?

—Todo ha sido puro teatro: lo del ataque en el aeropuerto, la persecución del coche, los muertos y heridos, los interrogatorios al inexistente Atilio Paredes… Todos eran hombre de Nicéforo Ros

haciendo el trabajo que yo les preparé. Y lo han hecho muy bien… Como ve, no hay que menospreciar a los pequeños, Jim.

James Barrows no salía de su asombro.

—¿Todo ha sido… mentira? —tartamudeó—. ¿Me ha engañado para sonsacarme, haciéndome creer que querían matarme los míos, que me enviaba a la muerte igual que nosotros habíamos enviado a la muerte a Casares y a los otros…?

—Dice un refrán español: *donde las dan, las toman*. Y es tan expresivo, que no necesita aclaraciones. Usted no tiene derecho a quejarse por nada de lo que le ocurra. Aunque de momento, vendrá conmigo a Estados Unidos.

—No… No haré eso, abuelita. Conque es usted muy lista, ¿eh? Conque me ha engañado a mí, a James Barrows, y ahora quiere llevarme como un corderito para que me corten la cabeza en el matadero… ¿Conque es eso, eh? ¡Pues usted que es tan lista, a ver cómo soluciona esto…!

Se puso en pie, con mucha más rapidez de la que podía esperarse, teniendo en cuenta su herida, y se lanzó contra la anciana, crispado el rostro por la furia, por el odio, lanzando un manotazo escalofriante, que habría tirado a Ruth Rutheford sin sentido contra la pared si la hubiese alcanzado. Pero, todo lo que consiguió Barrows fue dar el manotazo al aire y perder el equilibrio hacia delante, como siguiendo a la anciana, que había retrocedido ágilmente, esquivando el golpe…

Así, James Barrows se vio cayendo sobre la anciana, que en su precipitación por seguir retrocediendo mientras el sobresaltado Simón dejaba de hablar por teléfono y sacaba la pistola, cayó hacia atrás, quedó sentada…, y Barrows se le vino encima, con los brazos abiertos, sus poderosas manos abiertas, dispuesto a triturarla…

—¡No dispare, Simón! —gritó Baby.

El espía quedó crispado, viendo cómo aquel hombre fabulosamente musculado caía sobre la anciana… Ésta adelantó las manos, asió a Barrows por las solapas, y tiró de él, ayudándole en su desequilibrio hacia delante. Barrows lanzó un rugido de victoria…, y justo entonces, cuando creía que iba a caer aplastando a la anciana bajo su peso, se dio cuenta de que ésta había colocado su pierna derecha entre ambos, de tal modo que la planta del pie quedó en contacto con su vientre…

Una fracción de segundo más tarde, James Barrows pasaba volando por encima de Ruth Rutheford, impulsado por la pierna de ésta, y por el tirón de sus manos en las solapas, en una admirable ejecución del *sutemi omoe nage* de judo.

Los tres comprendieron a la vez las terribles consecuencias que iba a tener el *tomoe nage*, pero, indudablemente, el más aterrado fue James Barrows, que se encontró volando fuertemente impulsado hacia la ventana… Su grito de terror se confundió en seguida con el estrépito de cristales rotos y madera astillada, cuando su cuerpo se estrelló contra la ventana, la destrozó, y apareció fuera del edificio… siete pisos de altura sobre el duro pavimento de la calle…

—¡Aaaaaahhhhhh…! —se fue perdiendo su grito hacia abajo.

Y luego, con toda nitidez, llegó a la oficina del agente de la CIA el sordo choque de su cuerpo contra el suelo. Simón volvió su horrorizada mirada hacia la anciana, que se había puesto en pie, y mostraba un gesto de disgusto.

—Olvidé la ventana —dijo ella—. Pronto, Simón: ¡al aeropuerto!

Capítulo VIII

El avión apareció en el cielo, acercándose al Miami International Airport, y el hombre que sostenía los prismáticos musitó:

—Ahí llega el avión de ese presidente… Y viene escoltado.

—Habíamos previsto esto —sonrió el otro—. Déjame mirar.

Tomó los prismáticos, y tos enfocó debidamente. Cierto. El avión privado cuyas características les habían explicado perfectamente, se acercaba; aterrizaría muy pronto. Alrededor, otros puntos más pequeños delataban la presencia de la protección aérea facilitada por la USAF, por supuesto a instancias de la CIA.

Muy poco después, el avión del presidente de Meragua y los que le protegían, habían tomado tierra. El que estaba utilizando los prismáticos ahora, los apartó.

—Muy bien… Sabemos lo que va a ocurrir ahora: recogerán a ese sudamericano en un helicóptero especial, y, bien custodiado, se dirigirán hacia la pequeña Casa Blanca, donde el presidente lo está esperando… Será mejor que vayamos al muelle.

Corrieron hacia el coche que tenían estacionado oculto, y partieron hacia la costa. En poco más de veinte minutos llegaron a un embarcadero, dejaron el coche, y saltaron a una lancha, donde había dos hombres, parecidos a ellos. Cuatro espléndidos ejemplares masculinos, fuertes, atléticos, de expresión dura… Cuatro hombres capaces de afrontar cualquier empresa.

—¿Han pasado los helicópteros?

—Sí. Tenemos el millón de dólares prácticamente en el bolsillo.

—¿Habéis llamado por teléfono al señor Chaise?

—Sí… Pero nadie contesta en ese número.

—Vaya… Bien, seguramente está rondando por aquí, para asegurarse de que todo sale bien. Vamos allá. Nosotros vamos a ponernos el equipo… No os acerquéis demasiado. Recorreremos a nado una buena distancia.

Los dos que habían estado esperando la llegada del avión de Alfonso Alfonseda, entraron en la pequeña cabina de la lancha, y comenzaron a colocarse los equipos de hombre rana, ayudados por uno de los de fuera, que los había seguido. Ninguno de ellos decía nada…, porque nada había que decir. Todo estaba previsto y preparado.

Mientras se equipaban, la lancha se había alejado del embarcadero, y navegaba ya por la bahía, hacia el sur, acercándose en diagonal a Key Biscayne…

—Ya está bien —dijo uno de los hombres rana, ya equipado—. Dile que pare: saltaremos aquí.

El otro salió, y a los pocos segundos, la lancha comenzó a perder velocidad, hasta que sólo navegó por su propio impulso, y, finalmente, se detuvo…, mientras el hombre que la conducía miraba hacia el cielo, con expresión inquieta. Señaló hacia arriba.

—Un helicóptero —dijo.

—¿Y qué? —replicó el otro—. Debe haber muchos helicópteros por aquí, vigilando. No olvides que el presidente de Estados Unidos está en Key Biscayne… Por eso no era factible un ataque aéreo. En cambio, nadie espera lo que va a llegarles procedentes del mar. Voy a decirles que pueden saltar al agua.

Regresó al interior de la cabina, y en seguida reapareció precediendo a los dos hombres rana, recordándoles lo que ya tantas veces habían convenido.

—Ponéis en marcha el compresor, y regresáis inmediatamente aquí. Tenemos que llegar a Miami antes de que la alarma pueda extenderse. Una vez en tierra firme, ya no podremos ser localizados. Nadad de prisa, y nada de entreteneros contemplando los peces de colores.

—Vete al demonio —le espetó uno de los ranas.

—Hey —llamó el que se había quedado a los mandos—. Uno de esos helicópteros ha dejado caer algo al mar.

—¿Qué quieres decir?

—Demonios, lo estoy diciendo… Han dejado caer un paquete.

—¡Pero qué demonios de paquete! ¡Habla claro!

—Un paquete. ¿Qué más quieres que te diga?

—Quizá era basura —rió el otro rana.

—Pues debía ser un saco de basura muy grande.

—Está bien, está bien… ¿Has visto algo más?

—No. Nada interesante. Y no hay nadie cerca… Será mejor que aprovechéis este buen momento para sumergiros… Buena suerte. Os esperamos para ir a por el millón de dólares.

—Para cada uno —especificó uno de los ranas.

Los cuatro rieron nerviosamente. Luego, los dos ranas se descolgaron hasta el agua y desaparecieron hacia las profundidades.

Abajo, el relativo silencio del mar. Relativo porque de un modo u otro, algún rumor de motores llegaba hasta los dos hombres que iban a llevar a cabo el múltiple asesinato en el que se incluían dos presidentes de Estado. Las burbujas subían dulcemente hacia la superficie, como hongos brillantes de metal. El mar estaba en calma, encima estaba el sol anaranjado deja tarde. Los dos ranas iban mirando su respectiva brújula, orientándose perfectamente. Sabían que en menos de quince minutos estarían en el lugar donde había quedado enterrado el compresor. Hasta allí, el fondo era de una monotonía total, a excepción de algún que otro agrupamiento de algas. La arena dorada, que parecía no tener fin.

Pero tenía fin. Al menos para los dos hombres, que en un cuarto de hora de nadar con toda tranquilidad llegaron hasta donde habían dejado la señal. No cabían dudas. Allá estaba la piedra, grande, pintada de amarillo. Desde la superficie debía ser sólo una manchita a la que nadie haría caso. Abajo, con lentes adecuados, la piedra destacaba lo suficiente. Por encima de ellos, a unos ocho o diez metros, los rayos del sol se quebraban en la superficie del agua, como si hubiesen cientos de linternas.

Se hicieron señas uno a otro, y nadaron hacia la piedra pintada de amarillo brillante. La apartaron y sacaron la caja de cristal, dentro de la cual estaba el compresor; por un lado salía el tubo de goma, que se alejaba, hundido en la arena. Uno de los ranas tiró de él, separándolo de su conexión en la caja de cristal. Introdujo dentro seis ampollas de cristal con el gas venenoso, volvió a conectar el tubo, y luego, con la piedra, golpeó en éste, allá donde habían quedado las ampollas para romperlas. Dedicó a esto más de un minuto, asegurándose de que quedaban todas rotas. Luego, miró al otro, y alzó un pulgar. *Okay*. Todo listo.

El otro tiró del alambre que sobresalía por una esquina de la caja de cristal. Dentro de ésta, el compresor comenzó a funcionar:

puf-puf-puf-puf… se oía apagadamente… El gas estaba siendo bombeado hacia la pequeña Casa Blanca.

Pero…

¿Realmente?

A muy poca distancia de ellos, unas burbujas comenzaron a formarse en el agua, ascendiendo rápidamente. Grandes burbujas que parecían recoger todos los colores… Y de pronto, la arena se removió, pareció formar una pequeña nube dorada. Muy brevemente. Luego, cuando el agua se aclaró, vieron el extremo del tubo de goma, que parecía una serpiente agitándose en el agua. Y por aquel extremo, el gas salía directamente al mar, formando las burbujas…

Los dos ranas todavía tardaron unos segundos en comprender lo sucedido: la goma se había roto, y el gas jamás llegaría a la pequeña Casa Blanca, pues salía al mar, ascendía en forma de burbujas y al llegar a la superficie se esparciría inofensivamente, ya que no había cerca nadie que pudiese sufrir sus efectos.

El tubo se había roto. ¿Cómo era esto posible?

La explicación llegó en seguida… cuando otro rana pareció despegarse del fondo del mar, cerca de ellos, con algo brillante en una mano… Un cuchillo. Había cortado el tubo de goma. Lo había localizado bajo la arena, lo había cortado…

El recién aparecido rana nadaba hacia ellos, y los dos asesinos se miraron. Muy bien. Sacaron sus cuchillos y acudieron a su encuentro. Dos contra uno… Pasara lo que pasase luego, aquel hombre rana no podría disfrutar de nada. Ni siquiera de su vida…

Y de pronto, cuando estaban ya muy cerca del hombre rana, comprendieron ambos su error. Su doble error. En primer lugar, no era un hombre rana, sino a juzgar por las evidentísimas formas de su cuerpo, una mujer rana. En segundo lugar, no llevaba solamente el cuchillo con el que había cortado el tubo de goma, sino un fusil de aire comprimido colgado de la cintura… y que estaba preparando en aquel momento. Y todavía hubo un tercer error que llegó a la comprensión de los dos hombres rana: el paquete. El paquete grande que su compañero había visto que tiraban al mar desde uno de los helicópteros. El paquete era, simplemente, aquella mujer.

¡Fssss!, siseó el primer arpón en dirección a los dos hombres

rana. Y el brillante dardo, suelto, pasó muy cerca de uno de ellos, que tuvo que contorsionarse para evitarlo. Por un instante, ambos vacilaron entre insistir en atacar a la mujer o dar la vuelta y huir. Pero huir, ¿adónde? La lancha estaba a quince minutos de distancia.

¡Fsssss!, silbó el segundo dardo.

Uno de los hombres rana abrió mucho los ojos tras los lentes, puso las manos delante de él para protegerse. El arpón llegó, atravesó su mano derecha y se clavó en su garganta. Inmediatamente, la boquilla del aire escapó de la boca del hombre, que se curvó hacia atrás y comenzó a hundirse, recorriendo la poca distancia que le separaba del fondo. Durante un par de segundos, el otro lo estuvo mirando… Mirando también la mancha roja que aparecía en el agua.

Luego, nadando más furiosamente que antes, continuó su marcha al encuentro de la mujer rana, que estaba colocando otro arpón en el fusil de aire comprimido. Parecía tener ciertas dificultades esta vez, y el hombre rana nadó más de prisa, más de prisa, más de prisa… Llegó a menos de dos metros de la mujer y comenzó a preparar el cuchillo.

Entonces, la mujer alzó la cabeza y el hombre rana pudo ver sus ojos, increíblemente grandes y claros. Alzó el cuchillo y se dispuso a lanzar el golpe al mismo tiempo que seguía moviendo los pies. El fusil de aire comprimido apuntó a su pecho, y el hombre intentó detenerse, o quizá desviarse, o hundirse, o volver hacia atrás…

Demasiado tarde.

El dardo salió disparado, recorrió la corta distancia y se clavó con apagado «ploch» en su pecho. También este hombre soltó la boquilla del aire, giró sobre sí mismo, soltó el cuchillo y se fue lentísimamente hacia el fondo.

La mujer rana no perdió el tiempo. Nadó hacia el compresor, arrancó el tubo de goma, y unas enormes burbujas se formaron en el acto, subiendo como globos velocísimos hacia la superficie… Esto duró apenas diez segundos. Luego, todo quedó de nuevo inmóvil, en silencio… El compresor había dejado de funcionar, el gas había subido en su totalidad hacia la superficie.

Y hacia arriba fue también la mujer rana, nadando en diagonal, para salir lo más lejos posible de allí, casi cinco minutos más tarde, incluido el tiempo para la descompresión. Apareció al rojizo sol,

echó la boquilla a un lado y descolgó la bolsa de plástico que pendía de su cinturón de plomos. De la bolsa sacó la pequeña radio, efectuando una llamada, mientras se mantenía en la superficie moviendo apenas los pies provistos de aletas de goma…

—Baby a Simón-Helicóptero —jadeó—. La lancha es la que nos interesa. Aquí han llegado dos ranas que sólo podían proceder de ella. Los dos están muertos. Detengan a los de la lancha.

—*Okay*, Baby… Vamos a por ellos.

—Sin riesgos —dijo la divina espía—. Si oponen resistencia, mátenlos.

—Si matamos a esos dos que quedan, todo habrá terminado —recordó Simón-Helicóptero—. Robert W. Chaise fue hallado muerto, tal como le dijimos, así que…

—Esos dos no saben nada de nada. Si Chaise no puede hablar, nadie lo hará. Nadie, Simón. Hemos salvado la vida a dos presidentes y a otras muchas personas, nada ha ocurrido… Es suficiente. Si oponen resistencia, mátenlos… y pasen a recogerme.

—A la orden de Su Majestad.

A los pocos segundos, el helicóptero apareció, procedente de Key Biscayne, y antes de medio minuto pasaba por encima de Brigitte Montfort, que saludó con un brazo… Un gran paquete salió despedido del helicóptero, y cayó al agua muy cerca de ella. Apenas tocar el agua, la válvula del aire se disparó y quedó convertido en una balsa de goma en pocos segundos. Y en otros pocos segundos, Brigitte Montfort, alias Baby, se hallaba instalada cómodamente en la balsa.

Sólo tenía que esperar.

El helicóptero se iba alejando, pero todavía podía verlo reluciendo al sol. Lo veía perfectamente, incluso maniobrando… ¿Qué ocurría? Parecía que estaba rodeando algo, como acorralando una pieza a capturar.

Y de pronto, el estallido, la roja llamarada a casi una milla de distancia de donde se hallaba Brigitte. Una llamarada fulgurante, y a los pocos segundos, el estampido llegaba hasta ella, que contemplaba la nube de espuma que brillaba con tonos irisados al sol.

Bip-bip-bipi-bip-bipi…

Baby aceptó rápidamente la llamada.

—Adelante, Simón.

—Lo siento —masculló el espía—. Nos vieron llegar, quisieron escapar dando toda la velocidad a la lancha, y…

—¿Les han disparado con alguna granada?

—No ha hecho falta. De pronto, la lancha estalló… Esos hombres han quedado convertidos en pedazos, Baby. ¿Qué hacemos?

—Debían tener colocada una bomba para cuando navegasen a gran velocidad… ¿Que qué hacen? Zambomba, vengan a buscarme… ¡Empiezo a tener un poco de frío!

Este es el final

—Zambomba —dijo Frank Minello, que había escuchado la narración con los ojos muy abiertos—. ¡Vaya una jugada! ¡Nada menos que asesinar al presidente de Estados Unidos! ¿Y no hay manera de saber quiénes lo prepararon todo, Brigitte?

—Laberinto sin salida —negó la divinísima superespía de los bellísimos ojos—. Imposible seguir adelante, Frankie.

—¿Puedo contar con unos artículos sobre eso, Brigitte? —preguntó Miky Grogan, esperanzado.

Brigitte Montfort y Charles Alan Pitzer cambiaron una mirada. Y se entendieron perfectamente.

—No, Miky, lo siento. No puede ser.

—Sería un reportaje sensacional.

—No. De verdad lo siento. Esto es como… como si nunca hubiese ocurrido nada.

—Pero usted acaba de dictar todo el informe para la CIA, aprovechando que nos explicaba todo el asunto.

—La CIA tiene que saber estas cosas. Y mis amigos…, de los cuales espero absoluto silencio. Es como entrar en un laberinto para jugar, y al no encontrar la salida, volver al punto de partida. No ha pasado nada. Y nada va a ser publicado.

—¿Ni siquiera las conversaciones entre Ford y ese presidente sudamericano?

—Ah, eso sí… Y puede estar seguro, Miky, de que tendrá el mejor y más exclusivo reportaje al respecto. Nada menos que confidencias personales de ambos presidentes.

—¿Podré publicar eso? —exclamó Miky Grogan.

—Si dos presidentes no han querido tomarle el pelo a una linda periodista, sí. Exclusiva absoluta: acuerdos entre Meragua y Estados Unidos, envío de técnicos, becas para mil quinientos estudiantes anuales, construcción de un ferrocarril… ¡Zambomba, muchas cosas

que ya podrá leer en mi reportaje!

—Ay, Dios mío —puso Minello, los ojos en blanco—. ¡Con qué gracia dices eso de «zambomba», Brigitte!

—Tengo un buen maestro —rió la divinísima—. Y a propósito, a cambio de adquirir alguna de tus tontas exclamaciones, te he estado enseñando a jugar al ajedrez… ¿Cómo terminó tu partida con Número Uno?

—¿No te lo había dicho? —saltó Minello en el sillón—. ¡Le gané en la segunda jugada! ¡Le hice papilla, le…!

—¿Quieres decir que sólo tuviste que abrir dos de los cuatro sobres?

—Toma, zambomba, claro… ¿Para qué más, si ya le había ganado la partida?

—¿Y dónde están los otros dos sobres?

—Los dejé por aquí. ¿Quieres verlos?

—Me gustaría. ¿Tú no tienes curiosidad por ver qué clase de jugadas te tenía preparadas Número Uno?

—Psé… ¡Como ya le gané la partida! Espero que se lo digas en tu próxima carta a ese tipo con cara de pocos amigos.

—Se lo diré. Trae los otros dos sobres… ¡Y ábrelos, me muero de ganas de ver qué jugadas había preparado Uno! Peggy, querida, ¿quieres servirnos un poco más de champaña, por favor?

—Sí, señorita.

El ama de llaves de Brigitte sirvió «Perignon 55» con más guindas a Brigitte, Pitzer y Grogan, mientras Minello sacaba de dentro de un búcaro lleno de flores los dos sobres que no había necesitado abrir. Abrió uno de ellos, estudió la jugada allí señalada, y lanzó una palabrota.

—¡Si llego a descuidarme en la última jugada, ese tipo hubiese conseguido hacer tablas! —gritó—. ¡El muy…!

—¿Qué hay en el cuarto sobre? —preguntó. Brigitte.

Minello lo abrió, sacó un papel, lo miró y dijo:

—Un cheque por un millón de dólares contra un Banco de Suiza, a mi nombre.

—Zambomba —sonrió Brigitte—. ¡Vaya si apostáis fuerte Número Uno y tú!

Charles Alan Pitzer y Miky Grogan miraban incrédulamente a Minello, que se estaba guardando con toda indiferencia el cheque.

Pero de pronto, el propio Minello se quedó como petrificado, enrojeció, palideció, abrió la boca, la cerró, volvió a enrojecer, palideció de nuevo… Sacó el cheque, lo puso ante sus ojos y se quedó como fascinado, contemplando la cifra de un millón de dólares.

—¡Zambomba! ¡Un millón de dólares! ¡Ese tío está loco, yo jamás aposté un solo centavo! ¡Un millón de dólares! ¿De dónde habría sacado yo esa cantidad si hubiese perdido la partida?

—El caso es que has ganado —sonrió dulcemente Baby.

—Sí, pero… ¡Un millón de dólares! ¡Ese tío está más loco que una jirafa con bufanda! ¿Qué demonios voy a hacer yo con un millón de dólares?

—Podrías comprarte unas cuantas corbatas nuevas —sugirió Brigitte—. Las últimas que te he visto son horribles.

—¡Mis corbatas son estupendas! ¡Lo que pasa es que tú no entiendes de colores! Por ejemplo, esta misma, de color azul, verde, amarillo y rosa… ¿No es formidable?

—Santo cielo —gimió la hermosísima espía—. ¡Es lo más horrendo que he visto jamás, Frankie!

—Bueno… Si tú lo dices… Sí, quizá me compraré unas cuantas corbatas. De seda, claro. Con un millón de dólares puedo comprar… Un momento. —Minello volvió a palidecer de pronto—. Brigitte, dime la verdad: ¿ese tipo me regala un millón de dólares porque yo ofrecí mis riñones, y mis pulmones, y mis ojos para ti cuando aquello de los bichos…?

Brigitte Montfort bajó la mirada.

—Yo no lo sé, Frankie —susurró—. Pregúntaselo a él.

—No tengo nada que preguntar. En cuanto a ese tipo, si cree que con unos cuantos centavos compra mi cariño hacia ti, mira que hago con su asqueroso cheque… ¡Míralo bien!

Para pasmo de Pitzer y Grogan, Minello hizo pedazos el cheque por un millón de dólares Luego se bebió una copa de champaña de un trago, se llenó la boca de guindas y se quedó mirando a Brigitte, que estaba sacando de su escote otro sobre.

—El último sobre, Frankie —susurró.

—¿De quién? ¿De ese tipo?

—Sí. Él sabía… o más bien esperaba, que romperías el cheque.

Minello abrió el último sobre y leyó lo escrito en una simple

hoja de papel. Decía:

> *«Gracias, Frankie. Yo también tengo ojos, pulmones, hígado, riñones… y hasta corazón. Además de ser de Brigitte, son suyos si algún día los necesita. Perdone lo del cheque. Con afecto de*
>
> »Número Uno».

—Brigitte —masculló Frank Minello—, tú eres maravillosa, y eso me parece bien. Pero me joroba que este tío me vaya resultando más simpático cada día.

—Ya te acostumbrarás —sonrió dulcemente la mejor espía del mundo.

FIN